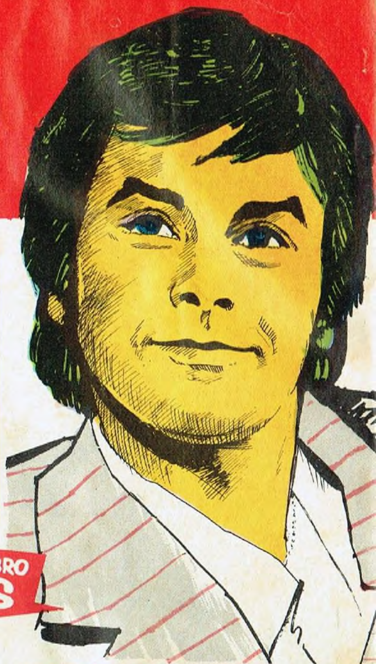
Intervalo álbum



Nº 304

NOVELAS
COMPLETAS

todos podemos estudiar un CURSO por correo



¡UD. TAMBIEN PUEDE PROGRESAR!

¿Cómo? ESTUDIANDO. Sin limites de edad, cómodamente, en su casa Ud. puede ESTUDIAR un curso y TRIUNFAR. En pocos meses podrá cambiar su destino iniciando CON EL ESTUDIO la marcha de su EXITO.

Remita HOY MISMO su nombre y dirección y recibirá GRATIS el libro "GUIA DE ENSEÑANZA" de 68 páginas con los detalles y programas de los cursos que enseñamos por correo. ESCUELAS LATINO AMERICANAS - Fundadas en el año 1923.-



ESTUDIE

EN SU CASA

Sin pérdida de tiempo en viajes y traslados, usted estudia cómodamente EN SU CASA el curso de su agrado

ESTUDIE

...Y OBTENGA SU DIPLOMA



PIDA ESTE LIBRO GRATIS



ENVIE EL CUPON HOY MISMO



SUCURSALES

Rosario: España 991.
Mendoza: 9 de Julio 1589.
Tucumán: Calle Mendoza 514.
Uruguay: Independ. 838 - Montev.
Chile - Bolivia - Perú - Colombia

SUCURSAL CENTRO
Calle Florida 253
3°. piso - F
Capital Federal

CURSOS QUE ENSEÑAMOS
(POR CORREO)

Tenedor de Libros
Contabilidad
Cajero
Empleado de Banco
Secretario Comercial
Vendedor
Mecánico de Autos
Elect. del Automovil
Técnico Mecánico
Técnico Tornero
Motores Diesel
Carpintería
Construcciones
Obras Sanitarias
Instalador Electric.
Técnico Electricista
Bobinajes
Técnico Heladeras
Cultura General
Fotografía
Dibujo Artístico
Dibujo Mecánico
Dib. Arquitectónico
Caricat. e Historietas
Dibujo Publicitario
Prof. Corte y Confec.
Labores
Tecn. Radio - T. V.
Radio a Transistores
Técnico en Petroleo
Técnico Químico
Técnico Avicultor
Inglés con Discos
Periodismo
Taquigrafía
Aritmética
Dactilografía
... y 20 cursos mas

ESCUELAS
LATINO-AMERICANAS
Av. BOYACA 932 — BUENOS AIRES

ENSEÑANZA POR CORREO

Sírvase enviarme GRATIS el libro "Guía de Enseñanza"

Nombre y Apellido ....
Domicilio ....
Localidad ....
Curso ....

INT 304

* SUCURSAL CENTRO: Calle Florida 253 - 3er. piso -F- ... deral

AÑO XXIV Nº 304

intervalo ALBUM

ÍNDICE



CUENTOS DE ALMEJAS

Por PEDRO M. MAZZINO

UNA MUCHACHA LLAMADA JOSÉ

Dibujos de VOGT

















¿Cómo se vería su hija vestida como una mujer?

¡Horrible!

Las faldas son la ropa más inadecuada que existe. Ata a mis congéneres, Gustavo. A partir del pantalón, el sexo débil comenzó a liberarse.

En realidad se llama María José, pero le gusta más usar sólo el último nombre. Y ropas masculinas...

Chau, mamá. No te quedés levantada esperándome. A lo mejor tardo.

Cuídela, Gustavo. No le deje cometer locuras.

Nadie sabe lo que pasó con el ermitaño. Mi abuela dice que un buen día desapareció. Repentinamente, sin aviso.

¿Ninguno reclamó jamás la ermita?

Fue construída en terreno municipal, sin permiso. Es de todos y de nadie. Pero supongo que quedará así eternamente. Por la leyenda, ¿sabés?

¿Qué leyenda?

¡Que no te deje cometer locuras! Tu madre te conoce bien poco, José. ¿Alguien te dominó alguna vez?

¡Nadie! Y me jacto de eso.

¿A quién saliste? La imagen de tu progenitora no cuaja con la tuya. Ella es mansa, tierna, femenina, y vos...

Debo ser la reencarnación de mi abuelo, Gustavo. ¿No viste su retrato en la sala?

(Igual que vos, papá... Tu viva imagen. Y casi tu misma trayectoria. Hosca, independiente, libre como un pájaro...)

(¿Habrá que esperar que tenga tu mismo fin? Gustavo la quiere, se le nota en la cara cada vez que la mira. Pero... ¿Y José? ¿Es capaz de querer a alguien?)

¿No podés ir más despacio? ¿O parar un rato y darme la oportunidad de decirte algo?

Vamos a una fiesta, ¿no? Debimos llegar hace una hora. A esta velocidad...



La leyenda la tejió la gente alrededor de la ermita. Se dice que el que allí entre no se casará jamás.

¿Vos entraste, Malvina?




No, Ulises...
¡Qué lástima!


¡Soltá, Satanás! Era una broma... ¿O querés matarnos?
¡Quiero que rectifiqués esas palabras!


Para el auto, mueve el cuello sólo para probarse que aún puede hacerlo y después gira el cuerpo hacia ella...
¿Así?
¡Hum...! No es suficiente. ¡Más!


¡Más alto, Gustavo! ¡Más!
Tus veleidades de mecánico me hartan. José, vas a llegar a la fiesta de los Riviera Páez hecha un asco.


¡Si tanto te importa esa fiesta andá solo! Hay colectivos, ¿no?


¡Claro que los hay! Y voy a tomarlo. ¡Adiós!


¡Gustavo!


No disfrutás de tu fiesta pegada a esa ventana, Fernanda. ¿A quién esperás?
A Gustavo Huergo. Me aseguró que vendría.


(Iba a presentarla a mis amistades. Darle ocasión de integrarse al mundo de la gente normal, pero falló. José es un caso increíble. ¿Se comportará alguna vez como mujer?)


¡Allí está!
¿A pie? ¿Es tan mal ingeniero que no gana para comprarse un auto? Bien está, Fernanda, pero tenés candidatos mejores.


No oye las palabras finales. Corre hacia él. Vaporosa en su falda corta, prolija y mansa. Claro que no tiene nada que ver con José.
Hola. Pensé que te habías olvidado de mi fiesta, Gustavo.
Me demoró un contratiempo. Pero ya estoy aquí. Y muerto de sed. El verano promete ser bravo.

¿No bailás?

No tengo ganas. Prefiero quedarme mirando. En realidad vine para no desairarte.

Entonces vamos a ver a papá. Está con un problema que le incumbe a tu profesión.

Braulio Riviera Páez es un hombre franco. Enseguida deja en evidencia el plan de su hija Fernanda...

Ella me dijo que usted se interesaría por el asunto, Gustavo. En realidad me lo recomendó. Este es el plano de la casa que me dejaron inconclusa.

La empresa que la construía quebró y necesito un ingeniero que la siga. ¿Se anima?

Creo que sí. ¿Dónde está ubicada?

En Almejas. Podemos viajar allí este fin de semana. Sobre el terreno estudiará mejor la situación. ¿Le parece bien?

De acuerdo, don Braulio. ¿Vamos en su auto o en ómnibus?

"En mi auto", dice Braulio R. P. Y Fernanda vuelve a remolcarlo al jardín, le sirve otra copa y le clava una mirada pegajosa.

Tenemos otra casa allá, en Almejas. Pero vieja. Allí nos alojaremos.

¿Nos?

Sí. Yo voy con ustedes. ¿Te disgusta?

No; claro que no. Pero pensaba...

En José. Iba a usar esa fiesta para presentarla y sucedía que estaban presentándolo a él.

¿Pensabas en qué?

En vos. ¿Cómo sabés que soy un buen ingeniero capaz de terminar con éxito esa casa? Hace apenas un año que me recibí.

Empleé un silogismo, ¿sabés? "Los hombres perfectos hacen cosas perfectas. Gustavo Huergo es un hombre perfecto..."

¿Comprendés?

No se asombra. Es casi un lance abierto, pero lógico. Fernanda obra como una mujer. ¿Cuánto hace que no se interesa por una verdadera mujer...?

(Algo más de un año, desde que conocí a José... y padecí todas sus locuras de muchacha viril.)


¿Bailamos?
Iba a proponértelo. Aunque más no fuese para sacarte de tus profundas cavilaciones. ¿Qué te proocupa?


Nada. Algo que está lejos, que siempre estuvo lejos, muy lejos, como un imposible. Ahora pienso otra cosa: que será bueno trabajar durante el verano en el mar. ¿Son buenas las playas de Almejas?


¡José! ¿Qué pasó? ¿Y Gustavo?
Me dejó sola, mamá. Tuvo vergüenza de presentarme a sus amigos con facha de mecánico. ¡Pero ese maldito elástico no pudo conmigo!


Lo arreglé, ¿sabés?
Tendrías que arreglar otra cosa: tu cabeza. Sos una muchacha, hija. Gustavo se interesa por vos, pero si insistís en tus extravagancias...


¡Culpálo a él! ¿No decís siempre que soy su vivo retrato?
Sí, lo digo. Pero, ¿recordás cómo terminó el abuelo?


Bueno, creo que soy el último en despedirme. ¿A qué hora pasan a buscarme el sábado?
A las cinco de la mañana, Gustavo. Vamos a estar juntos un par de días. Los usaré para terminar de conocerte.


Fernanda huele a hogar. Deja alrededor de él una aureola de femineidad que lo sobrecoge. Resuelve ahí no llamar a José. Será como una prueba. Si consigue no pensar en ella hasta el lunes...
¡Hola, Le Corbusier! ¿Siempre tirando líneas, vos? Pasaba cerca de tu casa y...
¡José!


¿Me perdí una hermosa fiesta?
A mí me gustó. Hasta logré un buen trabajo. Riviera Páez me ofreció terminarle una casa que está construyendo en Almejas.


¿Almejas?
Sí, Almejas. ¿Conocés el lugar? Queda al sur. Más allá de... El sábado debo ir.


¿Querés que te lleve en mi auto? Lo dejé al pelo.
No, gracias. Quiero partir y llegar. Me lleva Riviera Páez; iremos con...

¿Por qué calló Gustavo Huergo? ¿Qué tiene de malo decirle que Fernanda será de la partida?

¿Con quién?

Con su auto.

¡Entonces chau! ¡Buen viaje!

(Eso es lo que me hace mal, José: tu indiferencia. Pero claro, no podés imaginar que voy con otra mujer. O con una "mujer". ¿Qué hubieras dicho si te lo decía?)

¿Adónde vamos primero? ¿A la casa vieja o a la inconclusa, Gustavo?

Adonde usted quiera, don Braulio.

ALMEJAS 3

Y éste será mi cuarto. Da al mar. Lo veré al despertar y sentiré ganas de vivir.

¿Acaso te faltan? Lo tenés todo, Fernanda.

Todo no. Hay algo importante que todavía me falta. ¿Lo adivinás?

Creo que sí. ¿Vemos ahora la planta baja?

La casa vieja de los Riviera Páez es también confortable. Por la noche de ese sábado don Braulio les da una idea, haciéndose cómplice, ahora sí, de los deseos de su hija.

¿Por qué no dan una vuelta por ahí con el auto?

¿Te gusta el lugar? De chica solía venir aquí, bajaba a las rocas y me quedaba oyendo el mar.

Entonces pará y bajamos a oírlo juntos. A lo mejor suena como antes.

Suena mejor, Gustavo. ¿Sabés por qué?

Si no me lo decís.

Suena mejor porque estás conmigo. Y entonces sucede que se me cumplen los deseos que tenía cuando estaba sola.

Sucede otra cosa también: que Malvina y Ulises están ahí.

¡Es él, estoy seguro! Reconocería su voz aunque pasaran mil años, Malvina. Voy a saludarlo. Fuimos inseparables en la capital.

¿Ahora? Al menos dejalo concluir lo que está haciendo.


¡Gustavo Huergo! ¿Te acordás de mí?
(¡Arruinador!)
¿?


¡Ulises Cataldi! ¡Qué gusto verte! ¿Cuándo te envié la última carta?
Hace como un año... Después de recibirte de ingeniero. ¿Qué hacés en Almejas?


Le cuenta rápido. Después Ulises comprende que debe presentar a la mujer que está con él.
Esta es Malvina. Mi novia. Te hablé de ella, ¿no?
¡Seguro! Encantado, señorita. Mi amigo la describió tal como es.


Ahora me toca a mí. Ella es...
Dejáme adivinar. Vos también me escribiste de alguien en tu última carta... ¿José?


No, ella es... Fernanda Riviera Páez.
¡Oh...! (Metí la pata. Pero claro, quise quedar bien con él y darle a entender que recordaba su última carta.)


¡Y quedaste mal con los dos, Ulises! La pobre chica tenía una cara de estupor que daba lástima. Creo que les arruinaste un momento que debía ser inolvidable.
¿Podía saberlo?


Gustavo, en aquella carta, no hizo más que hablarme de José... "Una muchacha extraña con nombre más extraño. La quise en cuanto la conocí, Ulises", me decía. "Estoy seguro de que esta vez es la definitiva..."


¿No vas a preguntarme quién es José?
No. Me conformo con imaginarlo. Debe ser una mujer, ya que este amigo tuyo supuso que yo era ella. Y que es o era lo suficiente importante para vos como para que se la mencionaras en una carta...

José, la única que me interesó antes que vos, Fernanda. Una mujer medio complicada.

No me debés explicaciones, Gustavo. Me basta con saber que el mar sonaba mejor a tu lado. Pero voy a preguntarte algo.

¿Era José eso que te tenía preocupado en mi fiesta? ¿Es ella lo que "siempre estuvo lejos"?

Sí. Pero vos estás cerca. Y muy cerca. Eso me gusta.



Don Braulio se lo dice en el viaje de regreso...

Los obreros estarán listos para reiniciar la obra en quince días, Gustavo. ¿Podrá venir a instalarse en Almejas para entonces y hasta que la termine?

Sí.

Serán unas largas vacaciones. Durante ellas quizás te demos una buena noticia, papá.

La otra noticia debe darla Gustavo. A José. La encuentra una tarde, en un lugar que le es habitual.

Y estaré hasta marzo en Almejas trabajando en esa casa. ¿Estás escuchándome?

Sí. ¿Y a mí qué me importa eso?

Me importa a mí, José. Porque hay algo más: la hija de Riviera Páez. Se llama Fernanda, ¿sabés? Estuve con ella este fin de semana. La conocía de antes, pero claro, recién ahora comprendí que la quiero.

¿La...querés?

Sí. Responde a todas mis aspiraciones masculinas. Necesitaba decírtelo. Después de todo somos buenos amigos, ¿no?

Vuelve a meterse debajo del auto. Pero sólo para que no le vea lo que acaba de brotar de su cara, entre las manchas de grasa y la indiferencia.

¿Y a mí qué me importa? ¡Que tengas suerte! ¡Chau!

TOC! TOC! TOC!

Hace horas que estás ahí, José. ¡Abrí o echo la puerta abajo!



Abre por fin. Entonces la señora Achával descubre las valijas sobre la cama, los pinceles y las telas vírgenes en los bastidores.
¿Te vas? ¿Te dio otra vez por la pintura? ¿Adónde será ahora?
Almejas, mamá. Me voy en el auto dentro de una hora.



¿Reservaste cuarto en algún hotel? En esta época...
No voy a necesitar un hotel. Lo sabés. Y no tratés de hacerme desistir. Soy dueña de mis actos, grande, adulta... Sólo decíme adiós y deseáme que vuelva pronto.



(Que vuelvas pronto. El abuelo tardó años en volver. Sé lo que te pasó con Gustavo. Comprendiste tarde lo que era para vos. La ermita no te va a servir de nada, José.)



A mitad de febrero, Gustavo está dando los toques finales a la casa de Riviera Páez.
Los obreros ya terminaron su jornada. ¿Vas a quedarte controlándolo todo hasta la noche, Gustavo? ¡Bajá y vamos a la playa!
¡Ya mismo!



Tu amigo Ulises nos espera con su novia, ¿no?
Sí. Luego iremos a cenar a una taberna del puerto.



Ven morir la tarde en la playa. Cenan en la taberna y después, como la noche se muestra apacible y tentadora, deciden recorrer los alrededores.
Y ésos son el faro del abuelo y el barco del alemán, dos instituciones en Almejas. Pero hay algo más interesante aún.



La ermita. Llena de misterio y envuelta en las telarañas de la leyenda.
¿Qué leyenda?


Dicen que la construyó un tipo raro, un ermitaño. Un hombre que, según mi abuela, huía de las mujeres. Cuando desapareció, quedó la superstición de que el que a ella entrara no se casaría jamás.
¿Nos acercamos a verla mejor?


¡No, Gustavo!
Ignoraba que fueses supersticiosa, Fernanda. Pero yo respeto hasta las supersticiones de los demás. ¿Volvemos entonces?


Pero..., ¡fíjense! ¡Hay luz! No me dijiste que estuviese ocupada.
Porque no lo estaba hasta ahora. Debe ser algún vagabundo. Después de todo es un sitio adecuado para el que no tiene otro, ¿no?


Ha sido un hermoso paseo, Ulises. Gustavo y Fernanda parecen amarse, a pesar de tu metida de pata de la primera vez. Pero, ¿en qué estás pensando?
En esa luz de la ermita. Mañana voy a volver allí.


¡Sos más curioso que una mujer! Pero está bien; andá si eso va a dejarte tranquilo. Pero prometeme una cosa.
¿Cuál?


No entrar. No es por nada, ¿sabés? Pero conviene no tentar a las brujas.


(Seguro que hay alguien. Sale humo por la chimenea.)


(¡Un hombre!)


¿Qué hace aquí?
(¡Una mujer!) ¿Y usted? Casi la confundí con un vagabundo.


Estoy en mi propiedad. ¿Sabe quién construyó esta hermita? ¡Mi abuelo! ¿Y sabe cómo se llamaba mi abuelo? ¡José, como yo!
¿Jo...sé? ¿Usted, señorita, se llama José?

"Una muchacha extraña con un nombre más extraño. La quise en cuanto la conocí, Ulises..." Recuerda la carta de Gustavo. No muchas mujeres se llaman José. ¿Y si fuera...? ¿Cómo era el apellido? Sí: Achával.
¿José Achával?
José Achával soy yo. Pero mi abuelo era José Acuña.
Espere, si me conoce podemos hablar. ¿Adónde va?
(Es ella. Gustavo tiene que saberlo ahora mismo.)
(¡Hombre tonto! Todos ellos lo son. A lo mejor es un error creer que para sentirse liberada, una mujer debe imitar al hombre.)
¡Bajá, Gustavo! Es urgente.
Voy, Ulises.
Atropella las palabras. "José está en la ermita. La hizo su abuelo, ¿sabés? De verdad es una muchacha hermosa y extraña..."
¡No lo creo! ¡Hasta que no la vea, no lo creo!
Te digo que está allí. Parece que pintando. Vi sus cuadros a medio hacer. Una ermitaña hembra, viejo. Será bueno que hablés con ella.
Andá solo. Yo me quedo por aquí.
Si es una broma pesada, Ulises, te juro que...
No es broma, Gustavo Huergo. Es José. Lo ve por la ventana y sale. Abre los ojos, grandes, como dos huecos que quieren abarcarlo íntegro.
Era verdad. ¿Qué hacés aquí?
Esperarte, Gustavo. ¡Yo sabía que vendrías!
¡La ermita no me podía fallar! ¡Mi amor! ¡Mi amor! A mi abuelo tampoco le falló. ¿Por qué te creés, si no, que nací yo?
¿De qué estás hablando, José?
¿Loca? ¿Extraviada? Hay algo en los ojos de José: lágrimas. Sus manos huelen a comida y no lo sueltan. Está desprolija, más que nunca, y más que nunca hermosa. Tiembla, su voz se vuelve suave, como las de todas las mujeres cuando hablan de amor.
Comprendí que te amaba cuando me dijiste que venías aquí con esa Fernanda.
Entrá, vení. Estoy viviendo como vivió mi abuelo: sola, esperando. Pintando mamarrachos para matar el tiempo, pero esperando. Esperándote a vos.
¡Esto es una pocilga! ¿Cómo se te ocurrió?


¿No te lo digo? Penitencia, Gustavo, penitencia. La misma que hizo mi abuelo después de pelearse con la mujer que lo amaba. El creía que se podía vivir sin amor, hasta que comprendió que no.


Entonces se vino a Almejas, construyó esta ermita y se puso a vivir como un ermitaño, implorando al Cielo, a Dios, que la mujer que amaba viniera a buscarlo.
(La leyenda. Está claro. Los viejos del pueblo conocen a medias la historia de José Acuña.)


Y ella vino. Tardó porque le costó dar con él, pero vino a buscarlo. En el auto de su padre, una noche. Y mi abuelo se fue con ella. La hizo mi abuela y fue feliz. ¿Te das cuenta?
La que no se da cuenta sos vos, José.


Yo amo a Fernanda Riviera Páez. Definitivamente. Lo tuyo fue el paso previo que me guió a ella. No sería honesto negártelo.
Entonces, yo...Fue en vano venir aquí. Inútil hacer penitencia y esperarte, arrepentida de todas las idioteces que cometí.


¿Qué tengo que hacer ahora con mi amor?
Agradecérselo al Cielo, José. Lo mío también te puede servir. Puede ser el paso previo que tenías que dar. Ahora sabés que sos capaz de sentir amor.


Sólo te falta encontrar al hombre a quien poder dárselo. Ya nada tenés que hacer aquí. ¿Te ayudo a empacar tus cosas? ¿Te llevo en el auto de mi amigo hasta la estación de ómnibus?


No es necesario. Tengo mi auto. Desde que estoy aquí no me eché bajo él ni una sola vez, te lo juro.


Con cuidado, José. No corrás en la ruta. Saludos a tu madre. ¿Le vas a contar lo que pasó?
No, apenas le voy a decir que José se murió en la ermita. La que vuelve a casa será María. Se alegrará.


¡Adiós!


¿Lloraba o me pareció?
Lloraba, Ulises. Las madres también suelen llorar antes de tener al hijo. ¿Se lo vas a contar a Malvina? Las mujeres son tan infidentes. Si ella se lo dijera después a Fernanda...
CARLOS ENRIQUE VOGT. 73


No le voy a decir nada. Entraste a la ermita. ¡Y las mujeres son tan supersticiosas...!
FIN

una apasionante revista

DE LA COLECCION TODO® COLOR

Dennis Martin

en sus peligrosas aventuras en el mundo del espionaje!



Aventuras completas nunca publicadas!

OTROS TITULOS DE ESTA EXCLUSIVA COLECCION

ALAMO JIM - CABO SAVINO
NIPPUR DE LAGASH

COLECCION TODO® COLOR

y en el mismo número

DIEGO

El hidalgo del Oeste

PIDALA EN SU QUIOSCO



UNA NIÑA, UN BOSQUE Y EL AMOR

Por MALENA SAUDADE

Dibujos de MORAGA















Iba a introducir el tenédor en la sartén cuando oyó unos golpecitos tímidos en la puerta de su cabaña. Se levantó con resginación y fue a abrir.


No acostumbraba él a tener visitas en aquel solitario paraje. Por eso se asombró ante aquella muchacha con pollera de gimnasia y apretadas trenzas.
¿Quién eres?



Había formulado la pregunta quizá con cierta impaciencia y la muchacha debió advertirlo porque se mostró cohibida y guardó silencio. El trató de corregirse.
¿Quieres tomar una taza de café?


Ella esta vez sonrió e hizo un gesto afirmativo.
Tal vez también te gustaría comer algo.
Sí; caminar por el bosque despierta el apetito.


Le llenó un plato con aquella fritanga y se lo puso delante. Esta vez la pregunta le salió dulcificada.
¿Qué hacías por estos parajes, tan lejos del pueblo?
Caminaba. Me gusta recorrer el bosque.


-¿Cómo te llamas? -continuó interrogando Edmundo.
Me llamo Silvina Landeau y tengo veinticinco años. Vivo en el pueblo con mi padre que es médico.


Edmundo bebía su café meditando: aquella pollera de gimnasia, aquellas trenzas tan apretadas, aquella palidez...
Creo que me mientes.


Silvina lo miró asombrada.
Pienso que tú eres una pupila del asilo de huérfanos que está al otro lado del bosque. Y pienso también, que te has escapado.


Esta vez la mirada de Silvina era pícara y divertida.
Quizás te llames Silvina, pero no tienes la edad que dices. No creo que tengas más de quince o dieciséis años.


La muchacha se puso de pie; la tenue sonrisa de su rostro no confirmaba ni negaba las conjeturas de Edmundo.
Quisiera seguir caminando. Hacia el lado del arroyo hay un hermoso paisaje.


Era aquélla la hora en que también Edmundo salía a caminar por el bosque; pero también la curiosidad lo decidió un poco a acompañarla.
¿Por qué huíste del asilo?


Silencio de ella.
Tengo entendido que es un buen lugar y que los internados reciben no sólo educación sino también un tratamiendo cordial y de amplia libertad.


-¿Quién es usted? -preguntó ella, de pronto.
El dijo su nombre.
¿Y qué hace en esa cabaña, tan lejos del pueblo?
Escribo libros.


Ella pareció experimentar sorpresa.
¿Sólo hace eso?
Sí; escribir libros es una tarea muy ardua y no deja lugar a otra cosa.


Eso no puede ser verdad. Además de escribir libros, una persona tiene que vivir, amar, comprarse un traje, salir a pescar, hacerse con sus propias manos un banco de madera. ¿Usted hace todo eso?


Edmundo se había puesto visiblemente molesto.
No soy yo quien debe someterse a un interrogatorio sino tú. O, en todo caso, deberías responder a las preguntas que yo te hice primero.


Nuevamente aquella sonrisa indescifrable en el rostro de Silvina; pero inmediatamente fue suplantada por un gesto decidido.
Sí. Tiene usted razón, señor escritor: me escapé del asilo.


Aunque él mismo había arribado a suponerlo, sin embargo se sintió algo defraudado ante la confesión de ella.
También tiene usted razón respecto de mi edad; tengo dieciséis años.


A Edmundo le llevó unos segundos recuperarse.
Quiero conocer el mundo; quiero saber qué hay más allá de este bosque.
¿Por eso huíste?


Creo que es muy temprano para ti. Ya tendrás tiempo de...
¿Piensa usted denunciarme?


No; no había pensado en eso... todavía. Por ahora sólo se me ocurre que debería convencerte de que huir del asilo es una locura. ¿Volvemos?

Las costumbres originan hábitos, éstos a su vez condicionan las funciones y... Bueno, Edmundo no necesitaba en realidad hacer todo un razonamiento filosófico para darse cuenta de que tenía sueño. Hacía años que acostumbraba a dormir un par de horas hacia el final de la mañana.

Ella también se dio cuenta.

¿Tiene sueño?

Sí. Como trabajo desde muy temprano, a esta hora siempre suelo dormir una siesta.

Pues hoy también podrá hacerlo porque acabo de decidirme a regresar al asilo.

¿Me dices la verdad?

Sí. Creo que debo pensar mejor cuáles son mis motivos para escaparme. Así no le será fácil a usted convencerme de lo contrario en otra oportunidad.

Pero si todavía no lo había intentado siquiera.

Estoy segura de que lograría convencerme; por eso regresaré. Gracias por el desayuno...

Lejos de sentir alivio, Edmundo se sintió apesadumbrado. No obstante se acostó en el camastro que tenía junto a su mesa de trabajo y se obligó a dormir.

Y su sueño no fue apacible. Soñó que él era el leñador del bosque a quien Caperucita Roja (Silvina) le pedía auxilio, pero como él no había sabido salvarla del lobo y conducirla hasta la casa de su abuelita, ahora se veía acusado frente a un terrible tribunal que estaba por juzgarlo.

Se despertó cubierto de sudor antes de que aquel tribunal dictara la sentencia.

(Quizás deba acompañar a esa muchacha hasta el asilo.)

Se levantó y fue a abrir una ventana para refrescarse. Y allí, sentada al pie del árbol más próximo, estaba Caperucita.

No disimuló su alegría frente a aquella presencia.

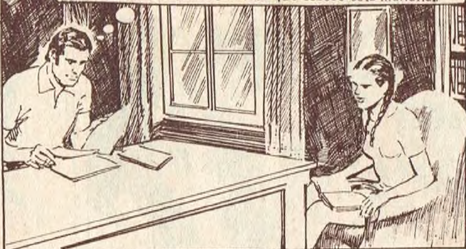
Decidí regresar más tarde al asilo.

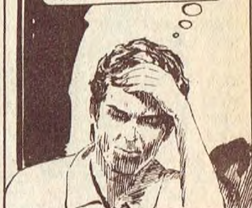
Bien, entonces yo te acompañaré luego.

¿Qué hace usted durante la tarde?

Continúo escribiendo hasta el anochecer. Pero si tú estás aquí, puedo hoy...







Desde hacía ya seis meses estaba escribiendo ese ensayo en el que trataba de indagar la naturaleza de la felicidad humana; era tan grande su entusiasmo que durante esos meses sus notas habían crecido aceleradamente y su pensamiento se había profundizado.





















Edmundo había hablado con emoción y vehemencia. De pronto se dio cuenta de que Silvina estaba conmovida por su relato.





No quiso volver más sobre el tema y continuó escribiendo. De vez en cuando levantaba la vista y se encontraba con la presencia de aquella muchacha frente a sí. No pudo dejar de advertir que sentía cómo un subterráneo bienestar le poblaba el alma.

Caía ya la tarde cuando Edmundo guardó la lapicera.



Cuando Silvina vio que Edmundo sacaba huevos de la heladera, se acercó solícita.





En instantes, la muchacha se había adueñado de la situación y la cocina había adquirido un aire más cálido, más acogedor.



También eso acostumbraba Edmundo a hacerlo cotidianamente. La natación y las largas caminatas le permitían mantenerse ágil y liviano.



Pensando que Silvina tal vez demoraría un par de horas en hacer una sopa, se entretuvo bastante en el agua.





Pero una sorpresa lo esperaba en su cabaña. O varias.



Tomó el papel y leyó:





Aprensivamente se acercó al cuadrito en donde estaba la frase de Nietzche. Sobre el vidrio, Silvina había pegado un papelito en donde se leía: "Si tienes hijos, escribirás mejores libros."



La ocurrencia le causó gracia. Pero luego, cuando estaba gustando el exquisito plato que preparara Silvina, Edmundo creyó sorprender en su espíritu una sombra de duda.



Tampoco pudo dormir bien por la noche. Los sueños del tribunal y de la terrible sentencia lo acosaron. Se levantó como siempre antes de la salida del sol, pero aquél fue un día vacío. No pudo escribir una sola cuartilla y ni siquiera comer su revuelto de jamón y huevos. Había algo en su corazón que lo inquietaba.

Al día siguiente, pudo recuperarse y volver a escribir. Se había impuesto no pensar más que en aquel ensayo pero, al atardecer...



Con una sonrisa le demostró que no lo estaba y, también, que se alegraba de volver a verla.



Por supuesto que él no creyó aquella mentira, pero como le agradaba la presencia de Silvina, no hizo más preguntas. Y aquella presencia se fue repitiendo todas las tardes: ella llegaba y se sentaba a leer mientras él escribía.



Así pasaron varias semanas hasta que un día, mientras tomaban una taza de café, Edmundo sorprendió la mirada de Silvina.




(Esta muchacha está enamorada. Se ha enamorado de mí y me siento responsable por no haberlo previsto. ¿Qué puedo hacer ahora?)


Como de todos modos desilusionarla sería doloroso para la muchacha, pensó que debía hacerlo de la forma más terminante posible. Esa misma noche escribió una carta a la ciudad.


Y dos días después, Silvina llegó a la cabaña como siempre, pero al abrirse la puerta...
Hola. ¿Tú eres Silvina, verdad? Edmundo me ha hablado mucho de ti.


Yo soy Mercedes, la esposa de Edmundo.

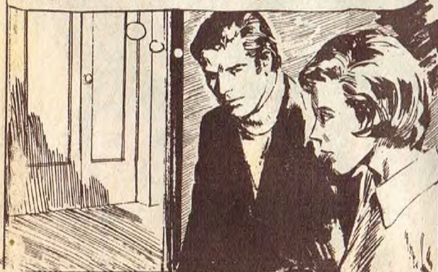

No pudo hablar más. Una mano invisible se aferró a su garganta y comenzaron a desbordársele los ojos. Sólo atinó a realizar el único movimiento posible: correr.

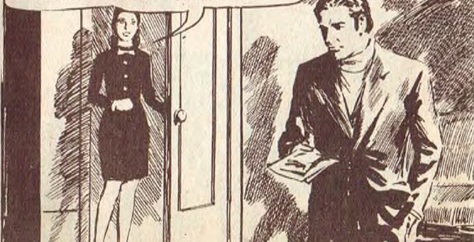

Pasaron algunos días. Días de intranquilidad para Edmundo qu no podía perdonarse la crueldad que había cometido. Era tal la opresión de su alma, que decidió hacer una visita.


-¿Qué desea? -preguntó la celadora con voz poco amistosa.
Quisiera hablar con una pupila.
Eso es imposible: tiene que tener permiso del juez de menores.


La voz y el semblante de la mujer se suavizaron.


Pero la señorita Silvina no es pupila sino profesora del asilo. Acompáñeme que lo conduciré hasta ella.


(Otra de las mentiras de la muchacha. Seguramente dijo llamarse Silvina por emulación con una de las profesoras. Pero, en fin... Una vez adentro se puede aclarar todo.)


Lo hicieron aguardar en una pequeña salita y esperó largo tiempo. Cuando oyó abrirse la puerta se dio vuelta y...
Lamento haberlo hecho esperar; pero quise cambiarme antes para retomar mi verdadero aspecto.


Edmundo se quedó mudo; cuando pudo articular alguna palabra, tímidamente preguntó:
¿Que es... esto? ¿Una broma...?


No, estimado amigo; sólo es un equívoco. Un equívoco que se transformó en juego y luego... Como en todo juego, quien no sabe jugar sale perdiendo.


Usted no me creyó cuando le dije mi nombre, mi edad. Mi aspecto le hizo pensar que yo era una pupila prófuga de este asilo y a mí me pareció divertido el equívoco.


Soy profesora de gimnasia de aquí y suelo vestir el mismo uniforme que las muchachas para mis clases. También acostumbro a hacerme esas horribles trenzas para tener libertad de movimiento.


Aquel día estaba yo paseando verdaderamente por el bosque cuando descubrí su cabaña. Me acerqué por curiosidad y, también, atraída por el aroma del café que usted acababa de hacer.


Luego se produjo el equívoco y éste se transformó en juego. Pero, como le dije, soy mala jugadora porque no supe perder. Creí que aquel amor del que usted me hablaba había muerto y me equivoqué.


Edmundo vaciló.
Efectivamente, aquel amor murió ya hace mucho.
No importa si es el mismo. El hecho es que yo no sabía que usted era casado y... me enamoré.


No estoy casado, Silvina. Mercedes vino a la cabaña a representar ese papel a pedido mío para desilusionarla a usted. Mercedes es mi hermana, que vive en la ciudad.


Por un momento, los ojos de Silvina estallaron de asombro y felicidad; pero luego volvieron a ensombrecerse.
¿A qué vino entonces aquí?



















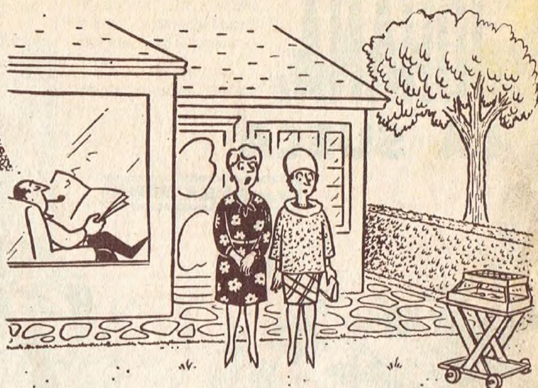
Ninguna frase podrá nunca destruir el amor, Silvina.

AUT LIBERI
AUT LIBRI

Si tienes hijos, escribirás mejores libros.

FIN

SONRÍA





-Carlos estaba a punto de construir una piscina cuando le agarró el dolor de espalda. . .





-Ya viene mi esposo. . .

SEA Ud. UN PROFESIONAL

CURSOS GRATUITOS Y EMPLEO
EN SU PROPIA CASA, A PERSONAS DE AMBOS SEXOS, DEL PAIS Y DEL EXTERIOR

Cursos de:



Electrónica Superior
Radio y Televisión
Matemáticas Superiores
Motores a Explosión y Diesel.
Química Industrial - Explosivos
Pirotecnia - Tecn. Textil.
Construcciones - Hormigón.
Organizador de Empresas.
Director Comercial Marketing
Réditos e Impuestos Generales
Contabilidad - Periodismo.
Martillero Público (con licencia prof. Legalmente otorgada)
Ingreso a las Facultades
Dibujo - Decoración - Pintura
Historietas - Caricaturas
Inscripciones anuales limitadas

Pida informes, citando Curso que le interesa

"United Technical Institutions"
—DPTO. DE INFORMES—
CASILLA CORREO CENTRAL 5099
BUENOS AIRES

Nombre ....
Calle y Nº ....
Localidad ....

INT.

JOHANA, LA SUECA

Por PAULA MARÍN

ANDRES KLACIK

Dibujos de KLACIK

Acaso le gustaban nuestros veranos porque los de su tierra duraban muy poco. La casa rodante era de ella. "Es mi solución", decía, "porque Lorenzo viaja tanto que nunca podríamos tener un verdadero veraneo..."



Me muero de sueño. Ustedes quédense, si quieren, yo me voy a dormir.



-Mejor nos vamos a dormir todos, Johana. El día ha sido largo y agotador. ¿Verdad, Lucas?




Era una especie de reglamento tácito: las mujeres se ponían primero sus pijamas y se acostaban, cerraban la cortinita que separaba ambos lados del habitáculo y luego entraban ellos.
¡Hasta mañana todo el mundo! Que soñemos con los angelitos.


Un momento después se oían los leves ronquidos de Lorenzo.


Entonces Lucas cumplía su ritual de costumbre. Sacaba el brazo, atravesaba la cortinita y buscaba la mano de Delia.
Aún no duermes, ¿verdad?


(¡Hum! Parece que sí, que Delia duerme esta noche. ¿Debo dejar que Lucas quede con la mano vacía?)


No, aún no duermo...


¡Johana! ¿Qué es esto?
Nada. Me pareció una pena que te quedaras sin saludo. Me daba lástima tu mano solitaria. Buenas noches, Lucas.


(La gente suele decir algunas cosas de las suecas. Y ella lo es. Debió hacerlo para bromear. Quiere a Lorenzo y no debo pensar mal.)


¿En qué pensás, Lucas?
En Delia. Está extraña. Casi tuve que obligarla a venir al camping este fin de semana. Ayer apenas me habló y anoche...


¿Van a quedarse ahí todo el día? ¡Vengan a nadar, el agua está espléndida!


Andá vos. Yo no tengo ganas, Lorenzo.
Te preocupás por tonterías. Yo la veo como siempre a tu novia.


¡Andá a buscarlo y obligálo a venir!
¡Que haga lo que quiera, Johana!


Los ojos verdes de la muchacha sueca se pusieron serios. Salió del agua y fue otra vez su mano la que tomó la del muchacho solitario...
No te mostrés apático, Lucas. ¡Actuá! Vení conmigo al mar, sonreí, como antes, cuando eras un tipo divertido y feliz.
¿Es que no te das cuenta de lo que pasa con Delia?


¿No te sirve de nada haber estudiado psicología en tu país? ¡Ella está separándose de mí!
¿Sí?


Regresaron a Buenos Aires esa tarde. La playa solitaria de Punta de Indio quedó atrás. Lorenzo debía viajar con su padre (por negocios, siempre por negocios) a Lima, el jueves...
Y se me ocurrió despedirlo así, con la cena de esta noche. Te espero en mi casa a las nueve, con Delia.


De acuerdo, Johana. La llamaré y se lo diré. Estaremos allí.


No quiso marcar enseguida el número de su novia. Tenía una especie de vago temor, o un auténtico miedo...
(Desde el domingo no he vuelto a verla. Sigue rara. Apenas respondió con evasivas mis preguntas telefónicas...)


(¿"Pasa algo malo?"... "No pasa nada"... "¿Hice alguna cosa que te molestó?"... "Vos nunca hacés nada que me moleste, Lucas...")
Alguien llama a la puerta.


¡Hola! Justamente iba a telefonearte. Johana nos invitó. Despide a Lorenzo con una cena en su casa...
¿Te importaría ir solo?


¡Seguro que sí! Pero, ¿por qué?
Simplemente porque yo no iré.


Cuando la dió vuelta y la tomó de los brazos los dos temblaban. Pero en la mirada de él sólo había asombro. En la de ella indiferencia, frialdad y hasta algún centímetro de desprecio.
Dejé de quererte, Lucas.


¿En qué fallé?
En todo, o en nada; no lo sé.


Viví exclusivamente para vos desde que fuimos novios. Te llevé donde quiera que fuí. Te incluí en todos mis planes de futuro...
¡No sigas informándome lo que conozco muy bien!


A lo mejor fui yo la que fallé. Adiós. Prometéme una cosa: no hablarme, no llamarme, volver la cabeza si nos cruzamos en alguna parte. Y disculpáme con Johana y Lorenzo.


Cuando cerró la puerta y lo dejó solo, el estudio se le volvió inmenso, como un mar de sombras en el que podía morir ahogado. Ya no pudo volver a trazar líneas o calcular costos de obra. El arquitecto estaba tan derrotado como el hombre.
(¿Y ahora qué? ¿Cómo hacer nada sin vos, Delia?)


¿Estás segura de haberle dicho que era a las nueve?
¡Segurísima! Lo peor es que la comida se enfriará y quedará hecha un desastre. Son casi las diez, Lorenzo.


Lo raro es que Lucas no avisara por teléfono si sucedió algo.
¡No sucedió nada! Su auto acaba de parar en la calle.


Disculpáme si tardé.
No es nada. ¿Y Delia?


Primero quiso inventar una excusa, buscar una mentira. Pero después las palabras escaparon a su control. Se hundió en un sillón y confesó la verdad como un acusado que no soporta la conciencia...
Me dejó. Se fue. Ya no me quiere.


¿Qué se puede decir en un caso como éste, Johana? No se me ocurre nada. Mi mejor amigo tiene un grave problema y no sé consolarlo. ¿Sirve de algo tu psicología?
No lo sé.


La comida quedó intacta. Y Lucas se marchó a medianoche, cuando ya el silencio de los tres se volvía insoportable. Pero en la mañana del jueves. .
¡Hizo caso a tus ruegos y vino a despedirte, Lorenzo!


¡Perdí una novia, pero aún me queda un amigo! ¡Buen viaje y suerte, viejo!
Hubiera sido la primera vez que me iba sin tu abrazo, Lucas.


Y sin pedirte lo que en todos mis viajes: cuidá a Johana durante mi ausencia.
Lo haré.


Se va triste. Por vos.
Lo sé. Me quiere como a un hermano. Y casi lo somos.


Eso lo advertí enseguida cuando los conocí, hace un año. ¿Te acordás?
Sí. Estábamos en el club. Lorenzo me preguntó cuando pasaste con la raqueta de tenis en la mano: "¿Me miró a mí o a vos?"


"A vos", le dije, "A mí sólo puede mirarme Delia". Entonces fue, te habló y al mes eran novios.
Por esa época vos y Delia eran felices, ¿no?


No respondió. Siguió guiando silencioso hasta que estuvieron frente a la casa de ella...
¿No entrás a tomar un café? Te aseguro que no es el que tuve que tirar anoche, porque ni siquiera eso pudimos tomar.
Prefiero irme, Johana. Tengo que hacer en el estudio.


Mentiras. O una verdad por la mitad. Tenía que hacer, pero lo que no tenía eran ganas. Pasó las horas con los ojos clavados en el teléfono...
(A lo mejor fue una broma lo de Delia. Tal vez llame y me diga: "¿Lo tomaste en serio, tonto?")




(O quizás venga a decírmelo...)


¿Vos?
Sí. Quise saber cómo estabas. Pero si te molesta me voy.


La hizo entrar y esperó el consejo: "Olvidála, Lucas. Es lo mejor que podés hacer. Si ya no te quiere, como dijo, no podés aferrarte a una esperanza inútil..." Pero Johana no actuó como una consejera...
Es la primera vez que estamos solos aquí, ¿no?


Creo que sí. Solías venir con Lorenzo. Y, cuando él andaba de viaje, venías con Delia.
Delia, siempre Delia. ¿Juraste nombrarla a cada rato? ¿Te sirve de algo? En mi país suelen decir...


"Si has perdido lo que querías, busca querer otra cosa."
Sucede que no nací en tu país, Johana


Eso es muy cierto. Los muchachos de allá se dan cuenta enseguida cuando una chica se interesa por ellos.


Llamáme esta noche si te sentís muy solo, Lucas. Yo estoy segura que voy a sentirme así: sola, absolutamente sola.


Cuando se acostó, sabía que sería en vano. No pudo dormir. No por el desamor de Delia, sino por esa actitud inesperada de Johana...
(¿Qué trató de decirme? ¿Está inpulsándome a traicionar a mi mejor amigo? ¿Puede ser tan canalla?)


(¿Puedo serlo yo?)


(¿A esta hora quién puede ser?)


Sí, soy yo, no te asombrés tanto. ¿Podés dormir?


No, Johana.


Yo tampoco. Quería decírtelo. Al menos comenzamos a tener algo en común.


Cortó antes que él pudiera decirle nada. Y al día siguiente, viernes, apareció sonriente, hermosa, cuando Lucas dejaba su estudio y el atardecer tejía con nubes rosadas las telas de la noche nueva.
¿Qué hacés aquí?


-Tenía ganas de tomar una copa melba, grande, en "Oriente", esa heladería de Avenida del Libertador.
¿Estás loca? Delia suele ir allí cuando deja su oficina.


¿Y qué? ¿No te dejó solo?

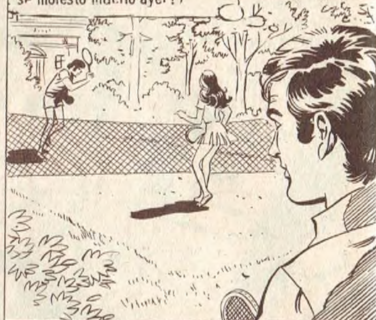

Sí, Delia estaba cuando entraron. El cumplió su promesa y no la saludó. Johana no había formulado promesas...
¡Hola!
Hola. ¿Y Lorenzo?


De viaje, como siempre. Y Lucas ya lo ves: cuidándome, también como siempre.


La copa melba le pareció amarga a Lucas. No sacaba los ojos del piso.
-¿Qué va a pensar? ¿Qué pensaría Lorenzo si supiera que vos...?
¿Qué yo qué? ¿No es cierto que me cuidabas en sus ausencias? Probá mi helado. ¡Está riquísimo!


-Es distinto esta vez, Johana. Antes salíamos con Delia. Siempre con Delia. Y ahora estás tratando de...
De decirte una cosa que te cuesta entender: me gustás, Lucas.


Mucho, si debo ser sincera. ¡Muchísimo, si debo adelantarme al porvenir!


Casi no le dijo adiós cuando la dejó frente a su casa. Descolgó el teléfono esa noche. Pero tampoco durmió bien. El sábado fue al club por la tarde. Y allí estaba.
(¡Delia jugando con otro...! Uno a quien no conozco. ¿Acaso es ésa la razón de su desamor? ¿Por eso no se molestó mucho ayer?)


¡Por fin llegaste! Estaba esperándote.
¿Para jugar tenis? No tengo ganas, Johana. Tenía pero se me fueron hace un rato, cuando vi a...


¿A tu ex-novia muy entretenida con ese apuesto y nuevo socio? Yo no te esperaba para el tenis, Lucas...


...sino para que me llevaras a remar al lago, entre la sombra acogedora de los sauces.


¡Cuidado!


El aviso llegó tarde. La pelota rebotó en la mejilla de Delia. Su compañero se acercó, pensando que el dolor le brotaba del golpe...
Lo siento. No advertí que usted se distrajo. ¿Duele?
¡Seguro que duele! ¡Y muy hondo!


Permítame llevarla a la enfermería y...
¿Quién dijo que necesito ir allí?


(Como dos tórtolos, aprovechando las circunstancias. ¿Puede Lorenzo ser tan idiota? ¿Pude serlo yo...?)


¿Qué te proponés en realidad? Hablá, Johana. Sabía algunas cosas de las suecas, pero no pensé que vos...
Debiste pensarlo. Y en cuanto a mi propósito... ¿no lo adivinás?


Era Delia la que estaba adivinando. Furiosa, bajo la ducha que no conseguía aliviarle la rabia...
(Mañana, o esta misma noche, irán con la casa rodante. A cualquier sitio solitario... ¡Miserables los dos!)


Mañana me gustaría...
¿Ir con la casa rodante y conmigo a alguna parte? ¡No! Eso no, Johana. Ni eso ni nada.


¿Quién habló de la casa rodante? Yo me refería al cine. Hay una película que quiero ver, y a lo mejor la sacan de cartel cuando Lorenzo vuelva...
¿Con qué cara lo vas a mirar cuando vuelva?


Con la misma de siempre.
¿Es posible que seas tan... tan...?


¿Es posible que seas tan, pero tan tonto? Estoy ayudándote a vencer la soledad, a recuperar el amor que nunca mereciste perder.
No es esta clase de amor lo que necesito. Desde mañana no te "cuido" más, Johana. Lo siento.


Pasó el domingo solitario, hundido en el silencio de su casa. Y el lunes regresó al estudio. La cabeza le parecía un torbellino. El cálido perfume de Johana lo perseguía como una culpa...
(¿Por qué me eligió a mí? Justamente a mí, el mejor amigo de Lorenzo. El ni siquiera debe sospechar que...)


TOC
TOC


(¡Aquí está otra vez! "¿Pensabas en mí?", preguntará. "Yo sí", dirá al verme mudo. Y rodeará mi cuello con su mano, aquella mano que en la casa rodante, en Punta de Indio, yo confundí con la de...)


¡Delia!
Comprendo tu asombro, Lucas. No me esperabas a mí, ¿verdad?


Habíamos hecho una promesa. "No hablarnos, no mirarnos si nos cruzábamos..."
Pero nos cruzamos, dos veces. Y en las dos estabas con Johana, la novia de tu mejor amigo. Te suponía más noble, ¿sabés?


Quiso decirle que él no había hecho nada. Que se limitaba a soportar ... Pero ella no lo dejó...
¿Desde cuándo vos y ella...?
¿Te importa?


En absoluto. Me apena, que es distinto. Por la imagen de vos que está borrándose de mi recuerdo. Por lo que creí que eras y no sos.
Desculpáme, debo atender el teléfono.


¿Lorenzo? ¿Cuándo llegaste? Sí, claro... Tu padre adelantó el regreso al concluir sus negocios... ¿Cómo van mis cosas? Bien... o mal, no lo sé... Esperá.


¡Delia!
Adiós, Lucas. Vos y yo nada tenemos que decirnos ya.


Sí, Lorenzo, te escucho... No pasaba nada. Sólo un cliente que se iba... ¿Cómo se portó Johana durante tu ausencia? Bueno, creo que bien, como siempre... Sí, te veré una noche de éstas.


El taxi dejó a Lorenzo y a su padre frente a la casa...
Entrá, papá, yo me encargo de las valijas.


¡Delia! ¿Qué hacés aquí? ¿Cómo supiste que llegaba hoy?
No importa cómo, Lorenzo. Quiero, necesito hablarte.


Quiso que entrara, y ella no. Se quedaron afuera. Uno frente al otro. Pero las palabras le costaban a Delia...
¿Y bien? ¿Estás arrepentida de lo que le hiciste a Lucas y querés que yo busque el medio de amigarlos? ¿Es eso?
Es otra cosa. Lucas ha estado saliendo con Johana durante tu ausencia.


-Yo le pedí que la cuidara.
Creo que hizo algo más. Muy juntos en el lago del club, como atortolados... Y eso lo que yo vi. Imagino todo lo que pudo pasar lejos de mis ojos, y los tuyos.


Divagás. Lo que pasa es que todavía lo querés y...
¡Lo odio, Lorenzo! ¡Con toda mi alma! Debés hablar claro con él. No merece tu amistad.


Cuando le dijo adiós, Lorenzo era un hombre inseguro. La incertidumbre le desbordaba la piel. No le avisó a Johana que iba a su casa esa noche...
¿Cuándo volviste?
¿No te lo dijo Lucas? El lo sabía. Fúe al primero y al único que llamé desde el aeropuerto.

Pero a quien vi fue a Delia. Me esperaba en la puerta de casa esta tarde. Me contó algo extraño, Johana.

¿Se lo creíste?

El sábado Delia estaba en el club. Esperaba algo sin saber qué. Cuando vio llegar a Lucas fingió no darse cuenta...

(Está solo. Algo debió pasar. Me muero por saber qué, pero por nada del mundo se lo preguntaría a él.)

Adiós, Delia. Hace un hermoso día, ¿no?

Adiós... (¡Juntos como antes, como si nada hubiese pasado! Lorenzo y Johana del brazo y hacia el lago...)

(Y Lucas indiferente, como si tampoco hubiese pasado nada. ¡Ahora sí que me muero por saber algo! Y lo sabré.)

Se acercó resuelta. Arrimó la silla y se sentó a su mesa. "Hola", dijo Lucas, como indiferente...

¿Los viste pasar? Deben estar remando juntos, ahora, arrullándose bajo la sombra cómplice de los sauces...

¿Y qué? Son novios, ¿no?

Pero cuando Lorenzo no estuvo, vos y Johana... Ella es sueca, lo sé. Tienen costumbres distintas a las nuestras, pero él... ¡El no es sueco, Lucas!

Yo tampoco, Delia.

¿Viniste a decirme eso o algo más importante? Por ejemplo: que me extrañás tanto como yo. Y que te sentís muy sola...

¡Lucas!

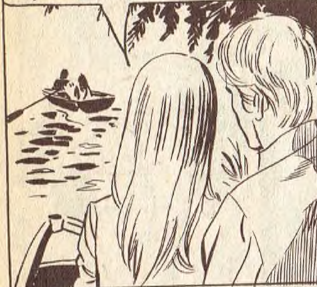
Se asombró, pero no retiró la mano que él le apretaba, con la suya, temblorosa. Ella también comenzó a temblar cuando preguntó:

¿Tenés el coraje de decirme eso después de lo que pasó?

No pasó nada. Johana y yo simplemente nos consolamos de una misma soledad.

Ahora decíme si me equivoco al pensar que me dejaste para probarte si de verdad podías vivir sin mí.

Algo de eso hay. Yo me sentía... me siento... ¿Es verdad que entre Johana y vos no pasó nada?


Lorenzo detuvo el bote bajo un sauce. Johana se sentó en su mismo asiento, se apretó a él y cuando el otro bote los cruzó dijo:
¿Te das cuenta ahora? Ella necesitaba una prueba. Lo sabía tan fiel y consecuente que llegó a suponerlo incapaz de interesar a otra mujer. La psicología enseña que, a veces...


...cuando no hay motivos para los celos, el amor tambalea. "Ahora volverá a vos", le dije a Lucas cuando le conté el por qué de mis actitudes. "Debiste avisarme desde el principio", dijo él. Y le respondí que no, porque entonces no hubiese sabido fingir.


Ni yo lo hubiese consentido. La prueba resultó también para mí, Johana. Te creí perdida y resolví no viajar más, para no dejarte sola.


Harás muy bien. Ya no habría nadie para cuidarme. Por un tiempo largo habremos perdido un par de buenos amigos.


De acuerdo, no haré más preguntas sobre lo que pasó, pero prometerás algo, Lucas.
¿Qué?


No volverás a verla. Con las suecas una nunca sabe a qué atenerse.
FIN

ALÉGRESE



- ¿Has notado que Carlos está usando el pullover que le tejiste para su cumpleaños, mamá?



- ¡Por amor de Dios! ¿Qué decía la tarjeta?

aprenda dibujo con Continental Schools

en su casa por correo

¡No importa su edad!

Basta saber leer y escribir para obtener resultados asombrosos con nuestro acreditado método de instrucción. Un Curso que Ud. puede aprender sin moverse de su casa y una Profesión que podrá desarrollar luego en su hogar utilizando su tiempo libre o si lo desea, en Agencias de Publicidad, Editoriales, Canales de T.V. etc. realizando **ANUNCIOS PUBLICITARIOS, FIGURAS FEMENINAS, DIBUJOS ANIMADOS, HISTORIETAS, CARICATURAS, etc.**

GANE DINERO MIENTRAS APRENDE

Complementando su aprendizaje, recibe desde el primer mes valiosas instrucciones especiales con "Ideas para Ganar Dinero", donde se describen infinidad de fáciles tareas para realizar en su tiempo libre, mientras estudia.



GRATIS

NUESTROS ALUMNOS RECIBEN GRATIS ESTE VALIOSO EQUIPO PROFESIONAL

Dibujante: una profesión para ganar más y disfrutar de la vida





GRATIS SOLICITE FOLLETO HOY MISMO

Filial Uruguay: Ejido 1425 - Montevideo ● Filial Chile: Huérfanos 886 - Santiago

Continental Schools -Sect. 2061
Avda. de Mayo 784 – Buenos Aires
DESEO FOLLETO GRATIS DEL CURSO DE DIBUJO
Nombre ______
Dirección ______
Ciudad o Pueblo ______
Prov. ______ F.C.N. ______ edad ______

EL REGRESO DE DANIEL

Por CARLOS RUIZ



Dibujos de ENIO


Mi hermano llegó hoy.


Es raro el sentimiento de ver a alguien luego de cinco años. Cinco años. Más de mil ochocientos días. ¿Cuánto cambia un hombre en ese tiempo?
ADUA


Durante cinco años Daniel no había sido más que un hombre, unas cartas y por fin el silencio, hasta que...
(Hizo falta que mamá muriera para hacerlo volver.)


Y tuve rabia contra él, contra ese desconocido que volvía. Una rabia justa o injusta, no sé, pero sólida y latiente como una burbuja de sangre. No recordaba nada de él excepto su risa y su cuerpo de atleta.


(¿Dónde ha estado estos años? ¿Qué ha hecho?)


¿Crees que lo reconocerás, Jorge?
Espero.


Teresa está nerviosa y excitada. Ella está siempre nerviosa y excitada como si el ritmo de su cuerpo no bastara para dar salida a toda su energía. O tal vez se deba simplemente a sus veinte años y a su carácter caprichoso, encantador y despótico.
Allí bajan.


Lo reconocí. No porque guardara algún recuerdo de él sino porque era diferente de los otros. Porque caminaba solo y sin mirar hacia ninguna parte.


Es él.


Teresa se aquietó. Nos quedamos mirando aquella silueta alta que entraba en la aduana.
¿Cuánto hace que no lo ves?
Años.


¿Y no les escribió?
A veces. Cuando mamá murió tuvimos que contactarlo por medio de la embajada. Así supimos que estaba en Hong Kong.

¡Me encantaría conocer Hong Kong!

Pava.

Daniel.

Me saludó con la cortesía reservada a un desconocido. Se veía muy enigmático, muy bronceado, muy lejano. Pero eran sus ojos lo más inquietante. No tenían ni vida ni interés ni nada. Simplemente miraban...

Hola, Jorge.

Te presento a Teresa.

Hola, Daniel. Me habla
ron mucho de vos.

Lo cual es mentira. Nunca hablamos de Daniel en la familia, después que él se fue. Hay muchas cosas a recordar.

Vení. Tengo el coche afuera.

Teresa hierve de curiosidad. Olfatea que hay algo raro en esta recepción del hermano pródigo que regresa al hogar pero ni Daniel ni yo hablamos.

¿Así que estabas en Hong Kong? ¿Cómo es allí? ¿Cómo son los chinos?

Amarillos.

¿Y la ciudad?

Gris.

Esto hace que Teresa se repliegue irritada en sí misma. Por el espejito retrovisor miro a Daniel. No me da la impresión de que haya querido burlarse de ella. Más bien parece que hubiera dicho lo que piensa.

Mi padre no sonrió al verlo. Los dos se miraron un largo rato y...

Sentáte.

Vení, Teresa. Creo que será mejor que los dejemos solos un poco.

Pero...

No entiendo. ¿Nadie está conten
to de que tu hermano esté de vuelta?

Menos averigua Dios y perd
na, mocosa.


No me llames mocosa, hombrecito. Después de todo sos vos el que me anda detrás, ¿no?
Eso habría que discutirlo.


Me gusta Daniel. ¿Lo traés a la fiesta de Angel?
No sé si...


Sé bueno, tipo desagradable. Sé bueno.
Ufa... Por mí... Si él quiere...


En ese momento la puerta se abrió y Daniel vino.
¿Me mostrás mi cuarto? Esta casa no la conozco.


Mi padre estaba de pie en el marco de la puerta y lo observaba. Parecía más envejecido que nunca y sentí rabia contra este intruso que venía a sumar otra tristeza a las que ya se habían abatido sobre él.
Vení.


Aquí. ¿Te conviene o no?


Me miró un momento. Mi tono era provocador y sólo quería una excusa para golpearlo. No dijo nada y comenzó a desvestirse.
¿Nunca decís nada vos?


No vale la pena que diga nada. Vos, lo que querés, es una razón para pelearte conmigo. Y yo no quiero pelear.


¿Por qué? ¿Tenés miedo?


¿Miedo? Si esto te calma...
Se había sacado la camisa y de pronto me sentí ridículo al mirar ese torso formidable, donde los músculos parecían garrotes. Nunca había visto una tal fuerza física, latente, casi aterrante...


La rabia me cegó. Era su alma imperturbable lo que me sacó de mis casillas. Y olvidé su cuerpo de coloso.
¡No te hagás el santo! ¿Creés que me olvido de por qué te fuiste? ¿Crees que no sé la historia del robo?


¿Lo pasaste bien todos estos años con los millones que sacaste de la caja fuerte de la compañía de papá? ¡El tuvo que pagar esa deuda hasta el último centavo mientras que vos...!


Calmáte, Jorge. Te estás acalorando.


Salí dando un portazo. Yo lo odiaba. Durante cinco años había aprendido a odiarlo, a odiar el repetido: "Ah. ¿Su hermano, el que...?" Y los silencios embarazosos.


¡Eh, tonto! ¿Le dijiste?
¿Qué cosa?


Lo de la fiesta...
Me olvidé. Decíselo vos si querés. Yo no tengo ganas


De todas maneras no creo que acepte.
Veremos. Veremos.


Lo acompañé al día siguiente al cementerio, a la tumba de mamá. No llevó flores. Se paró un instante delante de la tumba.


(¿No llorás? ¿Nada? ¿No hay nada que te afecte?)


No lloró. No hizo ningún gesto.
Vamos.


Veo que la muerte de mamá no te hace ni fu ni fa.
No, Jorge. Lo que no me hace ni fu ni fa es la tumba. Ese masacote de piedra no es mamá. No.


Y no es aquí que voy a pensar en ella. Pensaré en mamá en un jardín o cuando oiga reír a los chicos...o cuando esté triste...o cuando esté feliz...


Aquí no. A mamá nunca le gustaron los cementerios.


(Pucha. ¿Qué le pasó al desgraci do? ¿Se le despertó algo?)


En los días siguientes casi no lo vi. Estaba todo el tiempo en su cuarto fumando o leyendo, nunca diciendo una palabra, como si fuera una sombra...


Hola, ¿puedo entrar?


¿Te acordás de mí? Vine a buscarte aquí porque como nunca se te ve afuera...
Ahá.


Mirá, voy a hacer un asado en la quinta de mis padres y estoy invitando a algunos amigos y quise pedirte que vinieras.
No soy un buen invitado. No sé divertirme.


No te diviertas entonces, pero vení. ¿De acuerdo?
Lo siento, pero...


¡Nada de lo siento o no lo siento! ¡Venís y se acabó! O si no te vengo a buscar y te llevo a la rastra. Además un poco de sol y de piscina no te hará mal.


Está bien.


¿Y? ¿Aceptó?
Ya lo creo, pero hay que sacarle las palabras con un tirabuzón.


(¿Y si hay alguien que sabe algo de lo que Daniel hizo? Habrá varios de los amigos de la familia allí...)


Beto Larroca estaba allí. Beto siempre toma demasiado. Es como una piedra que una vez que se la empuja no cesa de rodar. Al principio todo fue bien.
¿Te acordás de mí, Daniel?
Beto, ¿no?


Teresa estaba un poco rara. Miraba de lejos a Daniel y estaba callada, lo cual era pura y llanamente un milagro.
¿Qué te pasa?
Nada.


¿En qué...?
¿Qué sabés de la vida de Daniel? ¿Dónde ha estado?


Miré aquel cuerpo formidable tendido al sol junto a la pileta. Su musculatura monumental había provocado un torrente de curiosidad entre las mujeres y de irritación entre los hombres.
Nada. No sé nada.


Me alejé y busqué algo para tomar. Beto me hipó en la oreja.
Lindo físico tiene tu hermano, ¿eh? Se ve que ha estado viviendo bien estos años. También... los millones que...


Beto, calláte, ¿eh?
Está bien, che. No te sulfurés.


Daniel estaba acostado boca arriba. Uno de sus tremendos brazos estaba alargado al sol y su mano estaba entreabierta...




¿Quién...?
Hola. Soy yo.


Tenés cara rara.
¿Sí? Sí. Me siento rara. No me divierto mucho. Eso es raro, ¿sabés?


Pero no sé... Desde que vos has aparecido me siento muy, muy rara.


A Beto le gustaba Teresa y al verla allí, frente a Daniel, mansa, callada, tan sometida y tan extraña, reaccionó. Y reaccionó mal...
Che, Teresa... Si te ponés tierna con Daniel es mejor que cuides la cartera...


Achicó los ojos enrojecidos por el vino y agregó:
El tiene la costumbre de mandarse a mudar con la plata ajena.


Le pegué un empujón tan brutal que lo arrojé por el suelo. Estaba ciego de cólera ante ese torpe ataque. Tal vez odiaba en él la bajeza de su insulto porque oscuramente sentía que yo también lo había orillado...
¡Te voy a...!


Quieto.


Lamento que la fiesta se arruine. Me voy.
¡Rompéle la cara a ése, primero! ¿O lo vas a dejar así?


Lo voy a dejar así.


El silencio era total y la escena parecía haberse convertido en un tablado de cartón. La única figura que se movía con lentitud, indiferente a todo era Daniel. Recogió su camisa y su ropa y marchó hacia mi coche.
Prestámelo. Alguien te podrá llevar.


¡Esperá, Daniel! ¡Voy contigo!


Por favor, no compliques más las cosas.
Dejáte de pavadas. Si esto estaba aburrido antes, ahora va a ser un funeral.


Esa noche cuando regresé vi luz en casa. Y sentí que algo se avecinaba. Comenzó a llover. Una lluvia lenta, tranquila y copiosa que calaba hasta los huesos mansamente.


Pero...


Por favor... Jorge... Decíle que no se vaya...
¿Que no...?


Miré a lo alto de la escalera y comprendí. Un sentimiento bravo y malo se cerró como un lago negro sobre mí.
No. Que se vaya. Es mejor así.


Yo..., yo necesito que él se quede, Jorge.
No.


Daniel descendió. Mi padre venía con él y sorprendido vi que los dos se sonreían. La mano de mi padre estaba sobre su hombro. Esta comunicación secreta y tácita me enfureció más aún.
Adiós, papá.
Adiós.


Daniel...
Adiós, bonita. No pienses mucho en mí. Eso pasa...

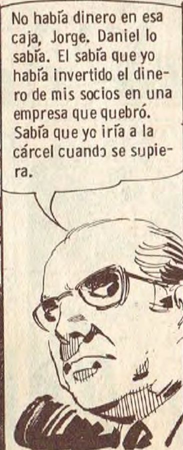

Y vos, Jorge, ¿me llevás al aeropuerto?
¿No podés tomar un taxi?


Se encogió de hombros y con un último saludo salió, a la noche y a la lluvia. Papá se me acercó despacio. Tenía la cara triste y conmovida...
Cometés un error.


¿Un error? El ha disfrutado todos estos años con el dinero que robó de tu compañía. Sos vos el que tuvo que quedarse aquí y apechugar y pagar hasta el último centavo y...


Jorge, Daniel nunca robó nada.


Mi mente ocupada con el rencor pareció de pronto vaciada, fría, como una habitación desnuda...
No entiendo. ¿Cómo que Daniel no robó nada? El dinero...


No había dinero en esa caja, Jorge. Daniel lo sabía. El sabía que yo había invertido el dinero de mis socios en una empresa que quebró. Sabía que yo iría a la cárcel cuando se supiera.


Entonces él montó toda la trama. Hizo creer que había robado el dinero y cargó con toda la culpa. De esa manera me salvó y me dio la oportunidad de levantarme. Mis socios no hicieron la denuncia y me permitireron devolverles el dinero.


El nos salvó a todos. A vos, a mí, a tu madre..., pero lo perdimos a él...


Oh, Dios...


Cuando llegué a Ezeiza estaban llamando a los pasajeros de su vuelo. Casi desesperado, casi aterrado, corrí empujando a todo el mundo, buscándolo entre esa multitud cálida y maciza.


Y de pronto lo vi...


Pero...
Dame. Yo te la llevo.


En ese loco viaje en la lluvia y la noche y el remordimiento, había hilvanado mil frases, mil excusas, mil puentes que me ayudaran a saltar el abismo y llegar hasta ese extranjero tranquilo.


Y ahora no me salía ninguna palabra.


Bueno... Chau.
Chau.

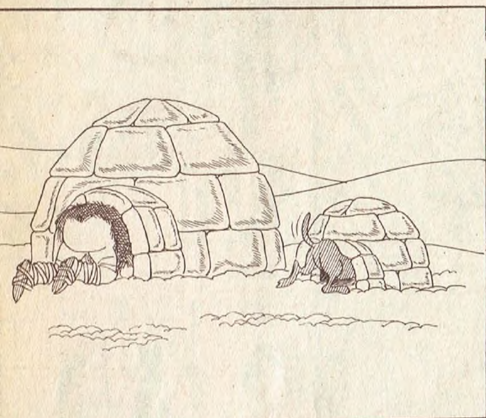

Supe que él sabía. Lo supe cuando sonrió. Supe que se iba y que se me estrujaba el corazón y que no hallaba nada para decirle, para explicarle... y también sabía que no hacía falta.
BIDU
MAR
¡Daniel!


Farfullé algo... me enredé... y al fin me irrité conmigo mismo y sonreí.
Che... Los chinos, ¿cómo son?


El también sonrió. Levantó una mano en un saludo, camino del avión, del silencio y de todo aquello que nos lo había devuelto por una fracción de tiempo para luego recuperarlo otra vez.
Amarillos, claro...
FIN

VIVIENDO BAJO-CERO

TEXTO: INES VILABOA
DIBUJOS: FERRONI(h.)





-¿ Cómo te gusta el hielo, con o sin bebida?









¿ME FIRMA UN AUTÓGRAFO, BEATRIZ FUNES?

Por EDUARDO B. COSTA

Dibujos de ÁVILA

Se conocieron en una fiesta íntima. Su amigo Ricardo le dijo:

Vendrá Beatriz Funes.

Beatriz Funes era una bella actriz de cine a la que los últimos éxitos habían convertido en una "estrella".

¿De dónde conocés a Beatriz Funes?

La pregunta de Aldo Borzi hizo sonreír a su amigo Ricardo.

Lo que pasa es que vos nunca te movés de tu casa, Aldo. Estás metido en un cascarón.

Tu madre tiene razón. Si sigues haciendo vida de ermitaño terminarás, con el paso de los años, convertido en un solterón i-naguantable.

Cuando Aldo estuvo frente a Beatriz Funes le pareció una mujer hermosísima. Además sin afectaciones. Hablaba con sencillez como si en verdad no se supiera tan famosa.

Como Aldo no sabía bailar conversaron toda la noche. Si bien Aldo Borzi era un industrial de renombre también le importaba el arte.

¿Se da cuenta? Me interesa más la literatura y la música que el acero, los altos hornos y los vaivenes de la bolsa.

Al día siguiente fueron juntos a un concierto. Se asombró Aldo de la popularidad que destacaba a Beatriz. Se cansó de firmar autógrafos.

¿No le incomoda tanto asedio?

¡Me encanta! Porque eso significa que el público me quiere.

Mientras se acomodaban para escuchar el principio del concierto, Aldo hizo una pregunta imprevista:

¿No dejaría por nada en este mundo su carrera de actriz?

76 41

Beatriz no tuvo tiempo para contestar. Había comenzado el concierto. A los tres días la actriz invitó a Aldo a que fuera a verla filmar.

Es un mundo que desconozco.

Ahora Beatriz hizo la pregunta imprevista:

¿Qué impresión tiene de ese mundo, Aldo?

Aldo, con delicadeza, escamoteó la verdadera respuesta.

Cuando lo conozca se lo voy a decir, Beatriz.

Las cámaras se acercaron a un primer plano. El personaje que interpretaba Beatriz debía besar al personaje que interpretaba Pablo Anselmi. Hubo un titubeo insólito. El director preguntó entre enojado y sorprendido:

¿Qué es lo que te ocurre, Beatriz?

Estoy cansada, nerviosa. Dame unos minutos de descanso para reponerme.

Beatriz y Aldo se miraron y hubo en el rostro de ella palidez y en los ojos de él tristeza. A la semana siguiente se encontraron en la casa de la madre de Aldo.

Es un placer para mí tener en mi casa a una bella actriz.

No pierdo película suya. Es usted un encanto.

Gracias, señora.

La distinguida señora miró a su hijo que se mantenía silencioso.

¿No te parece que Beatriz Funes es una gran actriz?

Claro, claro...

Después ella y él salieron a caminar por el parque de la mansión.

Ha impactado usted a mi madre.

Es una señora sensacional.

El jueves de esa misma semana la señora tomó el té con Beatriz.

Aldo es un excelente muchacho. Distinto a los de esta época.

Ya me he dado cuenta.

Es el vivo retrato del padre, mi esposo, que Dios lo tenga en la gloria. Poco salidor, muy celoso y apegado siempre al pasado.

¿Qué cree usted que piensa de las actrices?

Bueno... En fin... Mi marido no se habría casado conmigo si yo hubiera sido actriz.

¿Y el amor?

Entiendo lo que usted quiere decirme. Hubiera sufrido horrores, pero no se hubiera casado.

¿Qué habría hecho usted de haber sido actriz?

¡Hubiera abandonado mi carrera! ¡Amé con locura a mi esposo!

La madre de Aldo miró con ternura a Beatriz.

Me gusta mucho usted, Beatriz. Algún día me agradaría verla filmar.

Las revistas especializadas comenzaron a escribir sobre "las continuas salidas de Beatriz Funes con un acaudalado industrial de Buenos Aires".

¿Y esto?

Beatriz se puso nerviosa ante la irritabilidad de Aldo.

Los periodistas son terribles. Husmean, averiguan, persiguen, torturan...

¡Y se meten en lo que no les importa!

Aquélla fue una despedida fría. Aldo se marchó malhumorado y Beatriz preocupada. Cuando él llegó a su casa se encontró con un fotógrafo y un periodista.

Sabemos que usted "anda" con Beatriz Funes y queremos hacerle una nota con...

Aldo los sacó a empellones. Después se enfrentó a ia madre de mal talante.

¿Por qué les permitiste la entrada?

La señora no perdió su buen humor habitual.

Pensé que te gustaba la fama. ¿Acaso no sos el novio de Beatriz?

Aldo entrecerró los ojos. Giró para que su madre no lo viera emocionado. No dio ninguna respuesta. Mientras tanto en el set nadie dejaba de advertir...

... la nerviosidad y hasta a veces la irritación de Beatriz. El actor Pablo Anselmi fue quien quiso averiguar lo que ocurría. Se encontró frente a una Beatriz impenetrable.



Ella contestó un desatino:




El viernes por la noche fueron a ver en un cine de Flores una película de Beatriz. "Pasión volcánica" se llamaba el filme y era el último gran suceso de la actriz.

PASION VOLCANICA

Mientras en la pantalla Beatriz protagonizaba una sentimental escena con el galán de turno, Aldo, nervioso, enojado le dijo muy cerca del oído:



No hubo respuesta. Después fueron a un restaurante. Hasta el mozo le pidió a la "estrella" el autógrafo de práctica.



De pronto se acercó una muchachita muy entusiasmada y esta vez en lugar de pedirle un autógrafo a Beatriz se lo pidió a Aldo.



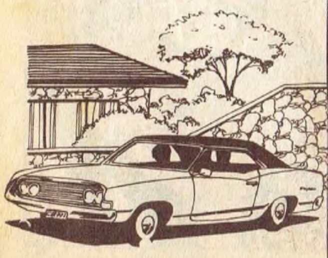
Abatatado Aldo garabateó algo que quiso ser su firma. Luego Aldo trasladó a Beatriz en su auto hasta la casa de la "estrella".



Aldo detuvo su coche delante de la puerta de la casa de Beatriz ubicada en San Isidro.



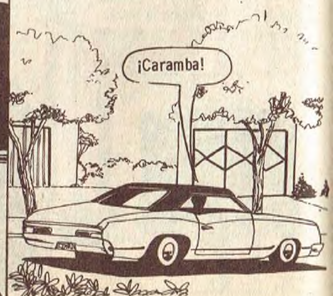
Se produjo un largo y nervioso silencio. La habitual timidez de él lo había metido en un callejón sin salida. Ella también se sentía acalorada...



...como si toda la sangre de su cuerpo se le hubiera agolpado en el rostro.



Por unos segundos Beatriz no supo decir más que...



Al día siguiente Beatriz entró al set como una sonámbula. Pablo Anselmi, el actor, la apartó de los demás que la miraban sin entenderla.



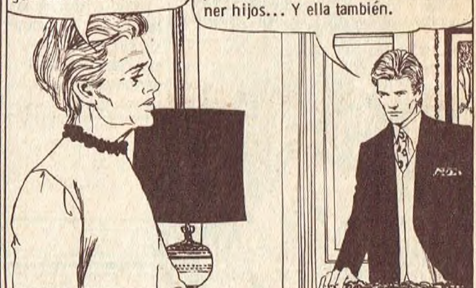














Muy enojado, Pablo Anselmi, el actor, fue a ver a Aldo. Y le enrostró su posición intransigente.

¿Viene usted en nombre de ella?

Ella no sabe nada. Y si lo llegara a saber se enojaría conmigo.

Perdone mi franqueza, pero es usted un hombre fuera de época. ¿Qué prejuicios lo impulsan a...?

Yo no tengo nada que explicarle a usted.

¡Espero que Beatriz no transija y que usted se vaya al diablo!

¡Es usted un insolente!

Beatriz se concentró en sí misma durante más de una semana. Ni siquiera atendió los llamados telefónicos de Aldo. Pablo Anselmi se cansó de apretar el timbre de la puerta de calle de la coqueta casa de San Isidro en la que vivía la estrella.

Aldo se asustó. Tuvo la sensación de que estaba a punto de perder a Beatriz. Reconoció que había sido demasiado exigente.



Pensó que tenía que cambiar; que la carrera de una actriz era muy importante y podía ser sagrada para una actriz. ¿Qué pasaría con él, si de pronto se quedara sin sus fábricas y sin la puja excitante que representaban los negocios? ¿Tenía derecho a imponer casi dictatorialmente su voluntad en contra de...



... la voluntad de la mujer que amaba? ¿No resultaba demasiado excesiva esa tendencia que tenía él por desear siempre la total exclusividad en todas las personas y las cosas que le interesaban?



Es que Pablo Anselmi le resultaba detestable. Y las cámaras. Y el director de la última película a quien sólo conocía superficialmente. Y el set. Y los periodistas. Y los fotógrafos. Y la publicidad. Y las escenas de amor...



... en las que él tenía que ser espectador y no protagonista. El no entendía otra clase de amor que el posesivo. Así había sido su padre, modelando a su esposa -su madre- de tal manera que ella era un modelo de virtudes...




...y delicadezas. Había visto una película de Beatriz en la que ésta interpretaba el papel de una muchacha grosera, de vida airada. Esto le había producido un efecto muy extraño, como si Beatriz pudiera esconder dentro de su alma una infinidad de personajes desagradables.

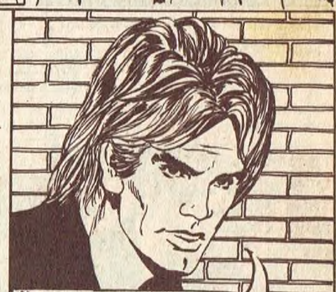

Los Borzi poseían una delicadeza de espíritu que desde muchos años atrás -y en la sucesión de múltiples antepasados- conservaban incólume. Beatriz tenía el porte y la belleza de una gran dama. Así la quería para él.


Antes de hablar con Aldo, Beatriz fue a ver a la madre de éste. La señora la encontró tranquila, sin rastros en la cara de intensa preocupación, como si la muchacha hubiera meditado con serenidad.
Sería muy feliz si tú te casaras con mi hijo, Beatriz.

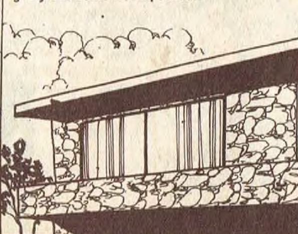

-Pero no desearía que te casaras con él simulando ahora aceptar el abandono de tu carrera de actriz, para después en el matrimonio "convencerlo" de que debes volver a trabajar en el cine.


Lo amo demasiado para simular nada, señora. He tomado una decisión. Pienso que me provocará una gran angustia en los primeros tiempos...


...entender que ya no soy más actriz, que he dejado de ser una persona popular. Pero peor sería dejar a Aldo. Sin él no podría vivir, aunque con los años llegara a ser la actriz más famosa del mundo.


Cuando Pablo Anselmi, el actor, se enteró de la determinación de Beatriz se decepcionó mucho.
¡Nunca vas a ser feliz! ¡Te casas con un monstruo del egoísmo! ¡Has perdido la libertad para siempre, Beatriz!


Se casaron inmediatamente y fueron en luna de miel a Brasil. Aldo era el hombre más feliz de la tierra. Repetía a cada momento que le daba un poco de miedo...
...ser tan feliz, querida. ¿Extrañas tu trabajo?
¡Te quiero, te quiero, te quiero!


En Brasil, enterados de su presencia, un puñado de productores asociados. visitaron a Beatriz para proponerle una coproducción con la Argentina. Un proyecto de locura. Aldo estuvo presente en los diálogos y vio cómo su esposa...


...con tacto y serenidad rechazó todas las propuestas. A veces en medio de las comidas ella tomaba un libro, una novela cualquiera y comenzaba a "interpretar" los distintos personajes de la misma. Y Aldo se reía de buenas ganas.
¡Magnífica actriz!

Y allí se detenían las risas y las alegrías. ¡Magnífica actriz! Es que Aldo, de pronto, sentía el peso de un remordimiento imprecisable y Beatriz la nostalgia de una vida que hasta conocer a Aldo le pareció fascinante.



En Buenos Aires, Beatriz debió terminar, por exigencias de un contrato inexorable, las últimas escenas de su película postrera. No hubo manera de evitar ese trámite enojoso. Aldo acompañó a su mujer, apartándose en el set de todos los demás.



Beatriz hizo las escenas con Pablo Anselmi magníficamente. Vuelta a vuelta, terminada la toma, recibía el aplauso de todos los que trabajaban a su lado. Aldo se dio cuenta que lo miraban con antipatía como si lo estuviesen acusando de algo.



Con el paso del tiempo y ante las continuas delicadezas de su esposo y el intenso amor que le profesaba, Beatriz fue olvidándose de su vida de actriz. Comentó cierta noche en presencia de la madre de Aldo, de éste y de Ricardo, el amigo de ambos y por el cual ambos se habían conocido...





Puede ser que lo que más me interesó de mi vida de actriz fue el boato exterior. Soy tan feliz junto a Aldo que para mí el mundo comienza en él y termina en él.

Aldo, repleto de felicidad, cargado de una alegría estallante, comprendió que su adorada Beatriz ya era una Borzi perfecta. Con ternura le besó la frente.

¡Lo único que puedo decirte es que le has dado sentido a mi vida!



Muy seguido iban a ver grandes películas, las más renombradas obras de teatro y los conciertos de mayor nombradía.

Indirectamente quizá, sin advertirlo ninguno de los dos, creo que tu espíritu creador se ha metido en mi espíritu, Beatriz.



Sin duda alguna Beatriz era en verdad un "espíritu creador". Había decorado la casa con un gusto excepcional y hasta a veces pintaba y componía música de importancia. Insensiblemente Aldo fue penetrando a ese mundo que Beatriz le proponía sin presiones de ningún tipo.



Hasta que de pronto el carácter de Aldo comenzó a sufrir un extraño resquebrajamiento. Beatriz lo notó triste, silencioso, preocupado. Quiso saber qué era lo que le pasaba, pero Aldo, con evasivas, eludió siempre la cuestión.



En el interín Beatriz recibió la visita de un fuerte productor mejicano a quien ella conocía desde la época en que filmara en Méjico.

Es un proyecto formidable, Beatriz. Tres películas, tres coproducciones con Italia.












Beatriz habló con la mamá de Aldo con el afán de averiguar algo sobre lo que le pasaba a su esposo. Ella no dudaba de que Aldo se hallaba fuertemente contrariado. La madre de éste no sabía nada.
















Al día siguiente por la tarde Beatriz le comunicaba a Aldo que iba a volver a trabajar en el cine. Le contó su entrevista con el productor mejicano.



Mintió Beatriz. No quería decirle a Aldo que regresaba a los sets porque deseaba ayudarlo con el dinero que podía ganar realizando esas tres películas. Esperó hallar oposición en Aldo, pero no fue así. Accedió sin protestar.



Cuando Beatriz estampó su firma al pie del jugoso contrato y vio la sonrisa triunfadora del productor experimentó una gran depresión. Se sentía decepcionada. Había comprobado que Aldo la dejaba trabajar otra vez como actriz "porque necesitaba dinero". Ella también le había hablado de los veinticinco millones de pesos.



Por su parte Aldo recibió la decisión de Beatriz de volver al cine con tristeza. El no sabía que su mujer conocía la situación económica por la que había atravesado, situación que había superado horas antes de que su mujer decidiera firmar el contrato.



Esto demostraba que Aldo había aceptado que Beatriz volviera a filmar habiendo ya solucionado su temporario malestar económico gracias al préstamo obtenido.







Beatriz le contó todo lo que sabía.



Beatriz comprendió entonces que había pensado mal de él. Volvió a franquearse.



Aldo sonrió con tristeza.

Eran muchos, muchos millones, querida. Lamentablemente ni tú, ni mis amigos me hubieran podido ayudar.

¿Por qué no me dijiste que estabas pasando por un mal momento?

No me gusta preocuparte, no me gusta verte sufrir, no me gusta verte llorar.

¿Crees que soy una mujer o una muñeca de cristal?

Quiero que nunca sufras, quiero verte siempre feliz.

Voy a ser más feliz y voy a sufrir mucho menos cuando comparta íntegramente tu vida.

Beatriz, ante la mirada penetrante de Aldo, se hizo un profundo análisis interior. De pronto, como si tuviera una urgencia extraña. Y comprobó que ella "había firmado el contrato para volver a filmar porque había sentido ganas de hacerlo".

Aldo, como si adivinara los pensamientos de su esposa, le hizo la pregunta picante:

¿Creías de verdad que me ibas a poder ayudar con el dinero de las tres películas que cobrarías dentro de meses?

La mirada de Beatriz se desvió. No podía soportar la de Aldo.

Todo es confuso. Más que desesperada por tu situación económica...

...estaba enojada por tu silencio, por tu absurdo empecinamiento en no compartir tus problemas. Me dio rabia enterarme indirectamente de lo que te ocurría. ¿Te das cuenta?

La verdad definitiva, ¿necesitas volver a tu trabajo? Yo solo no lleno tu vida, ¿es cierto eso, no?

Pienso ahora que nada se consigue por la fuerza. Procedí siempre como un tonto. ¡Vuelve al cine, querida! ¡Eso es lo que deseas!

Otra vez la enorme maquinaria publicitaria se puso en marcha y Beatriz Funes pasó a ser nuevamente la gran "estrella". Ahora iba a filmar en Italia y nada menos que con Mastroiani. Aldo fue con ella a Italia.



¿Te hago infeliz con esta terquedad, querido?

¡Oh, no! ¡Me haces feliz porque te veo contenta!

Después de su primera película Beatriz sufrió un imprevisto abatimiento. No se prestó a nuevas campañas publicitarias y rehuyó ir a fiestas. Parecía desganada, decepcionada. Los productores se reunieron y convinieron en determinar que...

...Beatriz Funes ya no es la...

...Beatriz Funes de antes. El director, los técnicos y los libretistas no están conformes con el trabajo de Beatriz Funes.

De común acuerdo entre las partes se decidió rescindir el contrato. Beatriz quedaba liberada de filmar las otras dos películas que le faltaban. Después de esto volvió a sentirse tranquila.

Y una tarde, dos días antes de regresar a Buenos Aires, mientras caminaban por una calle de Roma, Beatriz le dijo a Aldo:

Querían inventarme un romance con un actor...

...y que dijera en conferencia de prensa que nosotros dos habíamos dejado de querernos. No los entendí. De pronto, y por primera vez en mi vida, no entendí nada de lo que pasaba a mi alrededor.

Se apretó fuertemente contra el brazo de su esposo.

¿Sufriste mientras filmé?

Bueno... sí. Un poco.

Te quiero para mí... Unicamente para mí, Beatriz. Siento que el cine te arranca de mi lado. ¿Se acabó?

Definitivamente.

Y agregó con infinita ternura:

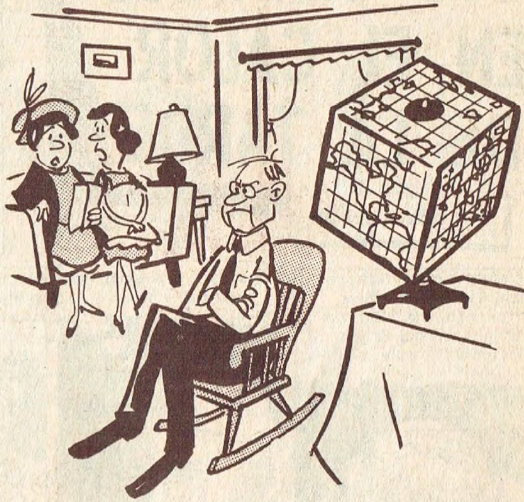
¡Aldo, voy a ser madre! ¡Vamos a tener un hijo!

Y se quedaron quietitos, callados, emocionados. Por eso Beatriz no oyó que una muchacha le pedía:

¿Me firma un autógrafo?

FIN

UN POCO DE BUEN HUMOR



-Antonio tiene ideas un poco anticuadas.



-¿Dónde está el bañero que me rescata siempre?

Ingrese
al fascinante mundo de los

DETECTIVES

Déjenos capacitarlo para esta apasionante y provechosa actividad. Sea un aliado de la JUSTICIA y la VERDAD. Gane prestigio, honores y dinero, con la profesión del momento y del futuro. Sin distinción de sexo, ni límite de edad.

Estas son algunas de las ventajas que le ofrece LA PRIMERA ESCUELA ARGENTINA DE DETECTIVES:

- Con nuestros cursos por correo usted aprende en su casa, sin problemas de horario. Enviamos la correspondencia en sobres sin membrete. Nuestra institución fundada en 1953, mantiene absoluta reserva sobre toda correspondencia recibida.
- La Escuela permanece abierta todo el año y no cobra derecho de inscripción o de matrícula. Tampoco se requiere experiencia previa alguna y el curso la sigue a usted donde quiera que fije su domicilio.
- El texto de las lecciones simple y ameno, incluye las técnicas más modernas de investigación.
- Las lecciones están redactadas en forma clara, sencilla y directa. Nuestro Cuerpo de Profesores vigila el desarrollo de sus estudios y aprendizaje, allanándole cualquier dificultad.



PRIMERA ESCUELA ARGENTINA DE DETECTIVES
Diagonal Norte 825 - 10° Piso - Buenos Aires

SOLICITE FOLLETO GRATIS

NOMBRE Y APELLIDO ____________________
Domicilio ____________________
Localidad ____________________

LOS GERANIOS EN EL CALOR DE LA TARDE

Por ROBIN WOOD

Dibujos de HAUPT






















¿Y de Martín?
Nada. Desde que se acabó la revolución no se sabe nada de él. ¿Qué se va a saber? El debió estar contento con su guerra.
No hables así de él.
No digo nada malo. Sólo lo que es.
Dolores se calla y los ojos se le ponen tristes. La memoria se le escapa más allá de las seis de la tarde y de los geranios que se despiertan.
(Martín...)
¿Todavía piensas en él?
No seas tonta.
(No soy tonta. Hace cinco años que Martín se fue con Pancho Villa. El capitán Martín Arenas. Muy macho. Muy soldadote. Muy guapo. Y dejó a Dolores y se fue con su revolución.)
Allí viene John.
El inglés atraviesa el jardín hacia ellas. Se viste siempre con mucho cuidado y su hermosa cabeza rubia parece la pintura de un ángel indiferente. Tiene manos blancas y un anillo de plata.
Buenas tardes.
Los dejo. Voy a ayudar a mamá a cocer el pan.
¿Por qué tu hermana nunca se queda con nosotros?
Porque es discreta. Los novios siempre quieren estar solos, ¿no?
No me molesta que se quede con nosotros.
No. Claro que no. Tú eres un hombre tranquilo.
¿Qué quieres decir?
A veces me gustaría que fueras un poco menos tranquilo. Y menos caballero. Un poco menos perfecto, un poco más loco... Algo más vivo.

Soy como soy, querida.

(Martín...)

(John...)

Y en otro rincón del jardín, Raque se muerde un nombre y junto con él se mastica su pena y su impoten cia y su rabia tranquila de mujer trampeada por los sentimientos...

(John... Si supieras...)

El jinete se desperezó sobre la silla bostezando y haciendo crujir sus huesos. Estaba polvoriento y sucio, llevaba dos pistolas y un poncho rojo. Una vieja bandera quemada de pólvora estaba enrollada en la grupa de su caballo.

(Y estamos de vuelta, mi alma... Aquí estoy como si nada hubiera pasado...)

Y nada había pasado. La revolución se había acabado como se acaban todas las cosas. Los hombres que murieron habían sido olvidados. Los que no murieron regresaban y nada parecía diferente. Cinco años de guerra no cam bian el aire perfumado de las siete de la tarde.

¡Martín ha vuelto!

¿Martín?

¿Martín?

¿Quién es ese tal Martín?

Es... Es un muchacho vecino... ce años se fue a la revolución. Fue muy valiente parece...

¿Qué te ocurre? Estás pálida.

No... No es nada... No me siento muy bien...

Te dejo entonces. Tal vez te convendría recostarte un poco.

Gracias, John. Hasta mañana.

John, toma.

Ah. El geranio de todas las tardes, ¿eh? Gr cias, hermanita.

No me llames hermanita. No me gusta.
Como quieras. Hasta mañana, Raquel.

Y el inglés se marcha calle abajo, elegante y pálido. La gente lo saluda con deferencia porque es hombre rico y porque es hombre bueno.

Es aquél, Martín.
Ahá. El gringo ese, ¿eh?

Pero, ¿qué haces?
Calma.

El inglés no se inmuta. Simplemente se cubre la boca con un pañuelo de seda para protegerse del polvo. Tiene los ojos azules y muy pálidos.
¿Quién...?

El mejicano aparece frente a él. Es moreno, bravo, latiente como un músculo y quemado por una sangre que le arde como pólvora.
Yo, gringo. Martín Arenas.

¿Y por qué esto?

Por Dolores. He venido a buscarla.

El pálido extranjero no se inmuta y sus ojos siguen calmos y azules. Martín comienza a bullir de cólera ante su impasibilidad.
Yo soy el hombre de Dolores. La dejé hace cinco años y ahora he venido a buscarla.

Cinco años es mucho tiempo, mi querido amigo. Y en última instancia es ella quien decidirá. Buenas noches.

Pero...

En su cuarto, Dolores oye el calor del verano que hace crujir el jardín. Tiene miedo de salir, de asomarse, de ver a alguien cuya presencia quema el aire tanto como el sol...

(¿Por qué ha vuelto?)

¿Has oído lo que hizo Martín a John?

Sí. Lo oí.

¿Y no dices más que eso?

¿Y qué quieres que diga? ¿Qué quieres que haga? Yo no mando en Martín.

Dolores. ¿Tú quieres a John?

¿A qué viene esa pregunta? Es mi prometido.

Eso no quiere decir nada. Desde que sabes que Martín ha vuelto no sales más a la calle, tiemblas como una hoja y de noche tiritas en tu cama como si tuvieras fiebre.

Yo...

Déjame. No sé qué decirte.

(John. Ten cuidado. Tengo mucho miedo por ti.)

Como todos los días, a las siete de la tarde John llegó para su visita. Dolores estaba pálida y nerviosa pero el calmo inglés no mencionó ni una palabra de su encuentro con Martín...

Y desde lejos...

(Allí está el güero. No se ha asustado de mí. Creo que debe ser más macho de lo que parece...)

(Tengo que ver a Dolores... Y si ella no sale, yo entraré...)

(¿Por qué ha vuelto? Con el tiempo yo lo hubiera olvidado. Hubiera sido feliz con John y hubiera tenido niños rubios y tranquilos como él...)

(En vez de eso...)

Pero...

¿Tú? ¡Estás loco! ¿Qué haces aquí?

Tenía que verte. No grites.

Dolores siente que desfallece. Siente el olor de los geranios y el olor áspero del hombre. Reconoce su olor a sol y a cólera que la persiguiera año tras año y no grita. . . .

He vuelto por ti. ¿Lo sabes? He vuelto a buscarte para que seas mi mujer, ¿entiendes?

Yo. . .

He buscado algo que no sabía lo que era en todas partes y me cansé de revolcarme entre muertos con tu nombre en la boca y cuando todo se acabó me di cuenta que aquello que buscaba eras tú. Que no podía perderlo o me perdería yo también.

Por eso vine y te voy a tener aunque tenga que matar a tu inglés.

No digas eso.

Vete ahora, Martín. Tengo que pensar. Déjame,por favor. . .Te veré mañana. . .
Yo. . .

Mañana, no lo olvides.

Se dirigió cautelosamente hacia el portón del jardín evitando rozar los geranios adormecidos en las tinieblas. . .

Un momento, Martín.

¿Eh? Raquel. . .

Ella estaba cruzada entre él y el portón envuelta en su reboso , blanca bajo la luna y con los ojos límpidos como dos cristales.

¿Cómo sabías. . . .?

No soy tonta y los conozco a los dos. No me interesa eso. Sólo quiero hacerte una advertencia.

Su voz se volvió suave, increíblemente suave y un escalofrío corrió por los huesos de Martín.

No toques a John. Si lo haces te buscaré y aunque te escondas en el fondo del mundo te arrastraré a la luz y te mataré como a un perro.


Por un momento quedaron en silencio midiéndose con los ojos, no como un hombre y una mujer, sino como dos fieras. Por fin...
¿Así que estás...?
No es asunto tuyo. No lo toques. Te lo advierto...


El calor del verano se hacía más y más fuerte y el polvo reseco dificultaba la respiración. Los pájaros enmudecían en el aire calcinante del mediodía. John Wilkins miraba a través de la ventana.....
(Hombre tranquilo. Lo soy. Tal vez pierdo en la comparación con ese leopardo salvaje de Martín. Somos el hielo y el fuego.)


(Y tal vez Dolores prefiera el fuego. ¿Y si es así qué haré?)


Una límpida mirada azul, más fría que la muerte se extravía en el cielo incandescente.


¿Y? ¿Qué has decidido?
Debo estar loca...


¿Qué has decidido? Eso es lo que pregunto


Sí. Me iré contigo. Me casaré contigo. Si no estoy contigo me volveré loca. Te quiero. Te quiero.


¡Te quiero!


Iré a buscarte esta noche. Hablaré con el cura para que nos case enseguida. Luego nos iremos. Déjale una carta a tus padres.
Ya la he escrito.


¿Y John?


Alguien se lo dijo. El impecable inglés no descompuso su rostro de porcelana. Simplemente continuó mirando a través de las ventanas del horizonte abrasado por el sol.


Gracias. Vete ahora.

Raquel vino al atardecer indiferente a los comentarios que su conducta pudiera acarrear. Vino casi corriendo, con un oscuro sentimiento de catástrofe en el pecho.

¡John!

El patrón no está, niña Raquel. Salió hace media hora. Y se llevó su fusil.

Oh, no.

En la noche oyó el golpetear de los cascos del caballo. El aire estaba fresco ahora y el perfume de los geranios lo embriagaba un poco.

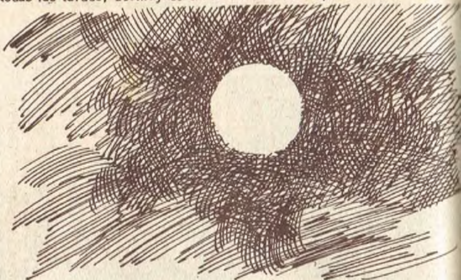
(Es él.)

(¡Sí! ¡Es él!)

Por encima del brillo helado del fusil vio la silueta llegando. Cantaba. El aire estaba fragante de geranios.



Y el esplendor agobiante de la noche vio aquel geranio fresco de todas las tardes, desmayado en las manos de Raquel...













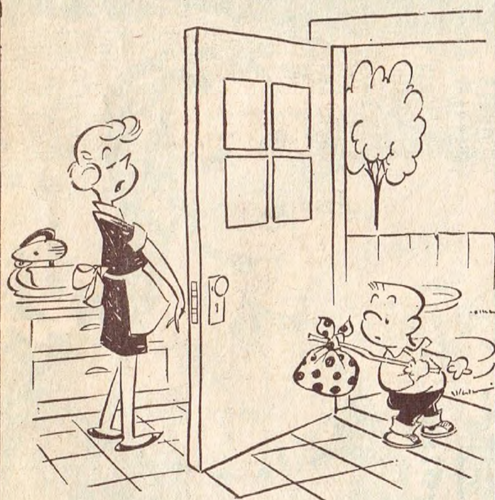
John Wilkins quebró con un suave golpe de los dedos un geranio y se lo mostró. Estaba sonriendo a aquella muchacha misteriosa cuyo misterio no lo era más.



GOTITAS DE ALEGRÍA



-¡Juan, estás borracho!



-Si pasas por la confitería dile a don Nicolás que mande medio kilo de helado de chocolate...



-¿No te gustaría que te regale un lavaplatos automático para tu cumpleaños, querida?

BUZ SAWYER

ROBO EN EL MAR

Por ROY CRANE

























Luego. . .

Soy John Dough, y éste es mi amigo, el señor Rokstone.

¡Hola, compañero!

Ella es la chica que atiende mi bar. ¿Qué desea tomar?

Nada, gracias.

¿Un cigarro? Sírvase varios, o, si quie re, quédese con la caja.

Gracias, no fumo.

¡Usted es el hombre con el que me gustaría asociarme! ¡El americano perfecto!

¿Qué le parece empezar con un pavo de Guinea, Sawyer?

Gracias, pero yo prefiero un sandwich de jamón.

¡Pero la comida es gratis, compañero!

Este. . ., espero que los reflejos de mi brillante de 12 kilates no lo cieguen, ¿eh?

¡Oh, no!

Bueno, vamos al grano, o mejor dicho, a los negocios.

Hemos leído en los diarios acerca de las inmensas rique zas que hay bajo el océano y nosotros deseamos ir en su busca.

Así es, señor.

Nuestra compañía tiene a su disposición un sumergible y queremos comenzar la búsqueda enseguida.

¿Qué búsqueda?

¡Oro!

¡Brillantes! Todo eso que dijeron había allí.

Admitimos que nosotros no sabemos nada del mar, es por eso que lo queremos a usted, señor Sawyer.

Usted es un experto acuanauta y le pagaríamos el doble de lo que gana en la marina. ¿Qué dice, compañero?

¡Estoy asombrado!

La búsqueda de esos tesoros, caballeros, les costará mucho dinero.

¡Yo tengo millones, compañero!

¿Le parece bien un diez por ciento de las ganancias?

Pero ustedes olvidan que yo estoy en la marina. . .

Pues déjela.

¡Seguro! Usted lleva 20 años en ella y es hora de que la abandone.

¡No se vaya! Le pagaremos cincuenta mil dólares.

¿Qué dice compañero?

SLAP

Gracias, pero rehuso la oferta.

Luego. . .

Dígame, señor, ¿quién era la dama rubia que lo llevó en su limousina roja?

Creo que se llamó a sí misma una invitada.

¿Y quiénes eran ellos?

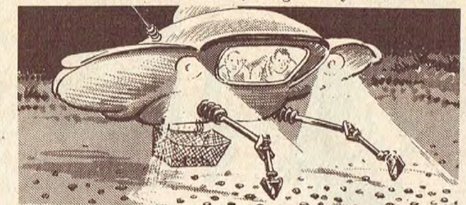
Dos hombres que me pidieron dejara la marina por cincuenta mil dólares.

¡Cielos! ¿Cincuenta mil dólares? ¿Y tú, aceptaste?

No. Iré ahora a Inteligencia Naval. Eran gangsters.



El submarino de la Compañía Explotadora del Mar S. A. efectúa diariamente búsquedas submarinas y recolecta piedras ricas en hierro, magnesio y cobalto.













Pero, poco después, en la compañía de Jeff Spudder, propietaria de cuatro pozos, tienen problemas.





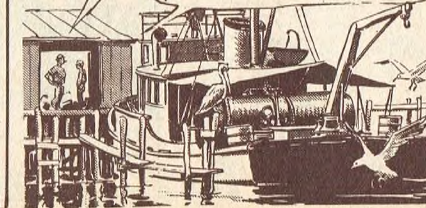




¿Quién habla?

Deposite medio millón de dólares en esa cuenta dentro de diez días, u otro de sus pozos estará lleno de agua salada.







Esucha, Ernie: esa banda de extorsionadores me amenazaron con destruír otro de mis pozos si no entrego medio millón de dólares.

Tal vez alguien te juegue una broma, Jeff.

¡Eso no es broma, amigo! Quiero que tú, que eres el sheriff, hagas algo.

Haré todo lo que pueda, Jeff.

Pero, ¿cómo voy a proteger tus pozos en una superficie tan enorme en el mar? Eso está fuera de mi jurisdicción y no tengo naves disponibles.

Washington.

TROUBLE SHOOTERS INC.

TRAIGANOS SUS PROBLEMAS

Usted ha venido al lugar indicado, señor Spudder.

¿Qué se propone hacer para ayudarme?

Actualmente, señor Spudder, sólo hay una organización lo suficientemente equipada como para resguardar sus po zos petroleros en el océano: l marina de los Estados Unido El problema es: ¿nos prestarán su colaboración?

Le habla el senador de Loisiana, Jean La Reux. Quisiera hablar con el jefe de operaciones navales.

Bien, señor.

Y éste es el problema, Tom. Uno de los ciudadanos, Jeff Spudder, no puede pagar medio millón de dólares que le piden esos estafadores que intentan volarle todos sus pozos petrolíferos.

¿No podría la marina interve nir en esto?

Ordenaré una reunión, Jean.

En el Pentágono...

Señores: he reunido a estos caballeros para conferenciar. El capitán Harris, de la oficina general y el capitán Bachelor de Inteligencia Naval.

Nuevamente, Jeff Studder repite los hechos.

Bueno, ¿qué piensan?

¡Eso es extorsión! ¡Qué vergüenza!

Este caso es único. La crónica está llena de delitos que han sucedido en el mar, per nunca he oído nada igual a este caso.

¿Nunca hubo delitos en el fondo del océano?

No que yo sepa. Estos individuos utilizan una técnica distinta.

Pero, con tiempo, podríamos individualizarlos.

Pero, ¿la marina puede proteger los intereses del señor Spudder?

¿Por qué no? Todas las naciones tienen el dere cho de proteger a sus ciudadanos, aunque sea en medio del océano. No existe ningún preceden te, pero no importa.

Estoy pensando, Sam, si tu gente del Instituto Oceanográfico puede proporcionarnos embarcaciones y buceadores para atrapar a esos saboteadores de petróleo en el Golfo de México.



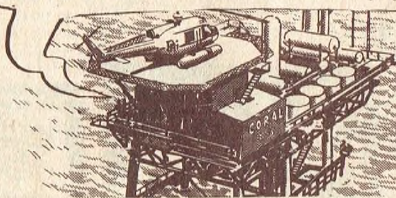










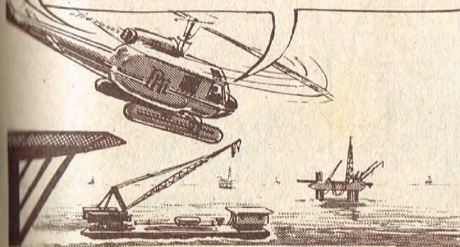




El problema no parece ser tan grande, Hawkins. Quienquiera que haya dañado los pozos, lo hizo desde el agua.

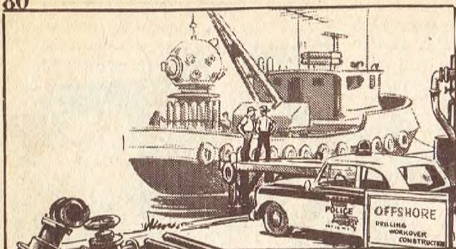








La policía local y agentes del gobierno controlan todas las naves ancladas en el puerto.



Y la búsqueda de John Dough y Rockstone se hace al mismo tiempo.





La policía también continúa.







Luego. . .















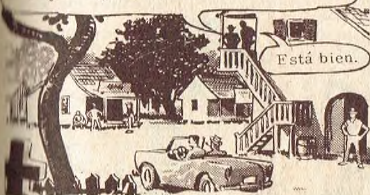





¿Así que ellos son los gangsters?
No se alegraron mucho al verme.


¿Y ellos poseen un pequeño sumergible?
Así es. Debe estar oculto en alguna de esas isletas.


Entretanto...
Esto me huele mal.
Y su compañero, ese tal Gogó. Puedo sentirle el olor a un policía a cien metros de distancia. Hay que prevenir a los muchachos.


El jefe dijo que estemos alertas. Tony.
Está bien.


Vamos a ver qué descubrimos por aquí, Gogó.
¿Conoces a esos dos?
No.


-Tal vez sean los que vienen a husmear.
Pero... ¡Si es Buffo Ritter! La última vez que te vi eras instructor de buceo en la marina.
Este... ¡Oh...! ¡Hola, comandante!


¿Qué haces por aquí?
Bueno... yo... ya no estoy en la marina.
¿Te independizaste? ¿En qué compañía trabajas ahora?
Bueno... yo... trabajo por mi cuenta. Perdone, pero mi embarcación está por zarpar.

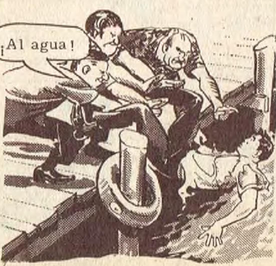

Su amigo pareció muy confuso al verlo.
Sí, eso pensé.
Allí están otra vez. Vamos a enfrentarlos.


¿Qué buscan aquí?
Nada. Sólo paseábamos.


No nos gustan los tipos que meten sus narices donde no les importa.
A mí no me gustan sus caras.


¡Te la voy a borrar de una trompada!
KLOP!
Yo me entenderé con éste, Buz.


¡Dele, Buz! ¡Ayyy!
SPLAT!


¡Al agua!


¡Auxilio, Buz!
¡Ayyy!
SPLASH!


KLOP!
¡Auxilio!
Voy, Gogó.


¡Ay, mi nariz!
¡Y ahora vamos por el otro!
¡Todos juntos!
¡Ja, ja, ja! ¡Yo m
entenderé con él!
!


¡Háganle tragar bastante agua!
Ya es suficiente, muchachos.


¡Ahora, fisgones, fuera de aquí!
¡Sí, fuera!


¡Ha sido una buena pelea!
¡Siempre me pasa lo mismo!

Más tarde...


No tiene por qué preocuparse, jefe. A esos dos les dimos una buena zurra.
¡Magnífico!


Mientras...
¡Mi nariz! ¡Oh!


Esos tipos deben tener una buena razón para alejarnos de ese lugar. No es que tenga miedo, pero...
Sé cómo se siente, Gogó, pero...


¡Vamos, póngase de pie! Hay que encontrar el submarino de esos tunantes!


Esta vez lo haremos por el aire.
FLYING SERVICE
N262


El avión está listo, señore
PLANES FOR RENT


Usted mire hacia la izquierda; yo lo haré por la derecha, Gogó.
Okay.
47990


No deje pasar por alto nada que se mueva por el agua.
¡Eh! ¿Qué es esa sombra oscura que se ve allí?


¿La ve, Buz? Cerca del muelle... Bajo el agua...
Vamos a bajar un poco para ver mejor.

Eso no parece un bote pesquero.

¡Es un pequeño submarino!

¡Eh, Tony, ese avión parece estar dando vueltas por aquí!

Trata de ver el número de matrícula.

Poco después...

Sí, es uno de nuestros aviones. Se lo alquilé al comandante Sawyer.

¡Ah, es lo que yo pensaba! El es amigo mío. ¿Tiene usted su dirección? Bien, gracias, señor. Tenga esta propinita.

He venido a verlo, patrón, porque un avión anduvo rondando por el lugar donde está el submarino.

¿Han tomado nota del número de la matrícula?

Sí, aquí está.

¡Espléndido!

Acerca de Sawyer, Rocky, los muchachos me advierten que un avión estuvo dando vueltas por nuestra guarida.

¿Y eso qué?

Pues que habrán descubierto ya nuestro secreto.

Nunca me gustó ese asunto, John.

Es demasiado peligroso. Ahora tenemos a la marina tras nosotros. Pero eso es asunto tuyo. Si vuelve, haz lo que te parezca con él.



No. Es ese marino Sawyer, al que le dieron la paliza. Si llega a volver por aquí, quiero que lo capturen.

¿Sólo capturarlo, jefe?

Sí. Claro que si luego se lo encuentra flotando, pudo haber sido un "accidente" ¿verdad?

Ya entiendo, jefe....

Esa noche...

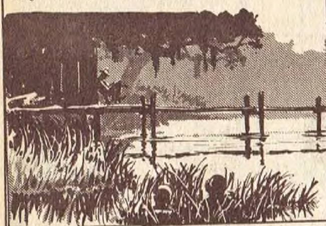
La embarcación está lista, Buz.

Poco después...





Silenciosamente emergen entre el pajonal de la costa. Sobre un muelle hay un hombre armado.



Sin ser vistos, se sumergen bajo el muelle.



Poco después encuentran el objeto de su búsqueda. Un pequeño sumergible.



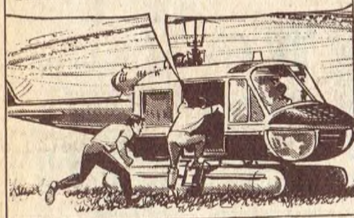
Pasados veinte minutos regresan a la lancha.





¡Espléndida tarea! ¡Ahora, si ellos se mueven, nosotros los seguiremos como a conejos.

¡Pronto, Buz, suba! Llevaremos su minisubmarino a 60 millas de la costa.



Si ellos se mueven, nosotros lo sabremos. Cuando los haya localizado, le avisaremos por radio, indicando su posición.



Buena suerte, Sawyer.



John Dough se comunica con un banco de Suiza.

¿Qué dice?¿Que no han depositado medio millón de dólares en mi cuenta?



¡Hum! No puedo entenderlo... Yo pensé que Spudder estaba asustado y había hecho el depósito.



De cualquier manera voy a volver a llamarlo para darle otra oportunidad. Si no lo hace... ¡boom! con otro de sus pozos.

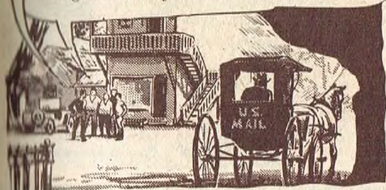


Se le termina el plazo, Spudder. ¿Va a depositar lo convenido o le volaremos otro de sus queridos pozos?













Adentro de una embarcación...

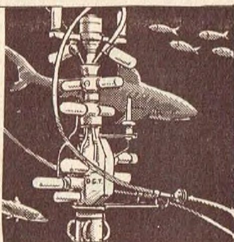






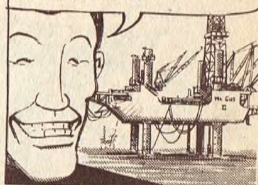


Los tubos de petróleo, que se encuentran en medio del océano, esperan su destino. ¿Serán dañados o llegará Buz a tiempo para impedirlo?



Mientras...

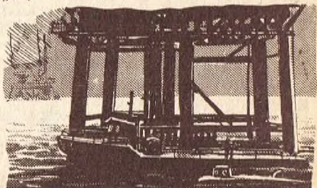




John Dough sonríe. Todo sale a pedir de boca. El radar de su embarcación no indica ningún peligro a la vista, excepto las torres de petróleo.







El pequeño vehículo submarino de los gangsters es bajado al agua, y nadie sospecha que pronto habrá otro mini-submarino siguiéndoles las pisadas.

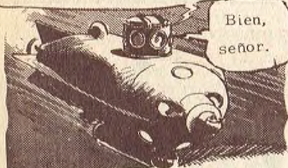




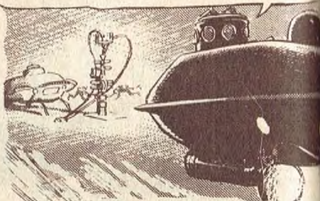
Ahora baja a 50 pies..., 75..., 125...

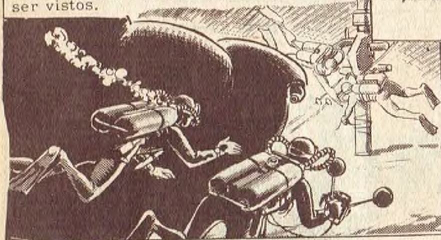
Avise a nuestro submarino.

Bien, señor.

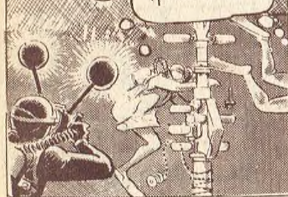


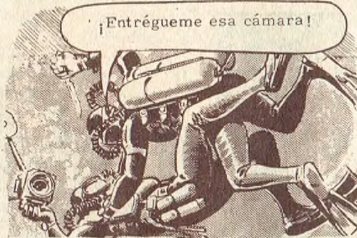












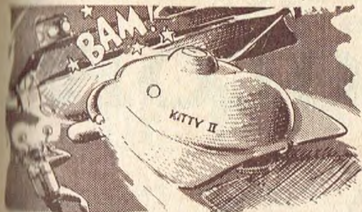




(¿Listo para subir conmigo? Tiene suerte de que haya traído otra boca para que pueda aspirar aire.)

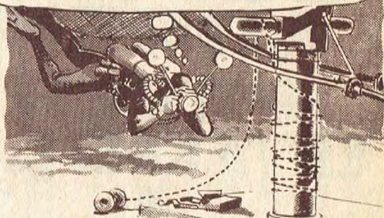


Buz toma otras instantáneas, pero en ese instante la nave de los gangsters arremete contra el mini-submarino de Buz.





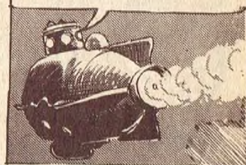




Bueno, por lo menos tenemos un prisionero. Entra, compañero.













Luego...







2 SUPERPRODUCCIONES ILUSTRADAS A TODOCOLOR®







SOPHIA LOREN
PETER O' TOOLE
en
EL HOMBRE DE LA MANCHA





MITA MEDICI
GIANNI DEI en
UNA TAL GIULIANA



12 NOVELAS COMPLETAS
MAS PAGINAS - BRILLANTES COLORES

APARECE EL 15 DE MAYO

intervalo

RESERVE HOY SU EJEMPLAR

EXTRAORDINARIO

EL AMOR QUE NO PUDO SER

Por GUSTAVO FLAUBERT



(Dibujos de EYRÉ)

ADAPTACIÓN

Los padres y los abuelos de Felicitas habían servido con probidad en la ilustre mansión que ahora pertenecía a madame Aubain.

La noble señora siempre había tratado a Felicitas con deferente ternura y mucho más después que la hermosa muchacha quedara huérfana.

Felicitas había recibido una prolija educación, tanto material como espiritual. Los días domingo madame Aubain la llevaba con ella a misa.



Madame Aubain tenía un hijo. Se llamaba Pablo. Familiares y amigos de Pablo decían que éste era apuesto y distinguido como un príncipe.









Pablo, impaciente, miró de soslayo a su madre. Estaba nervioso, acosado por un tenaz presentimiento que no le permitía mantenerse sereno.



El muchacho rubio, alto, de exquisitos modales se pasó repetidas veces la mano por el mentón.



La señora miró con alguna sorpresa a su hijo.





Los puños de Pablo se crisparon. La tensión estaba a punto de hacerle perder su reposada serenidad.





Como madame Aubain tenía sus planes perfectamente elaborados y estudiados, desdeñó las razones de Pablo y habló directamente con Felicitas.







Felicitas, bella y dulce, recibió a fondo el impacto. Se desorientó. No supo qué contestar. Madame Aubain, absorta en sus planes que suponía lógicos y bien intencionados, no advirtió la extraña turbación de la muchacha.



Víctor era el hijo del jardinero.




Los padres del esposo de madame Aubain habían casado a los de Felicitas.
Tus padres fueron muy dichosos, ¿no es cierto?


Pablo estaba enterado de que su madre había elegido a Víctor como el joven más indicado para casarse con Felicitas.
¿Qué piensas, Víctor, de Felicitas? ¡Háblame con sinceridad!


Víctor era fuerte, atlético, rudo. Piel cetrina, ojos renegridos. La blancura de la tez de Pablo y sus rubios cabellos con nítidos y misteriosos fulgores de sol parecían resaltar con más belleza delante del hijo del jardinero.


Señor, voy a hablarle con sinceridad. Felicitas es bella, prudente y hacendosa. He comido muchas veces los pasteles que prepara y son deliciosos.


Reconozco que al lado de ella yo parezco demasiado rudo, pero siento algo imprevisto cada vez que me acerco a Felicitas y hablo con ella.


Me transformó, señor. Felicitas transforma con su ternura y con su belleza. Es para mí como una extraña muchacha mágica.


Pablo, imprevistamente, estalló como un volcán.
¿Vas a dejar de hablarme con esa absurda retórica que parece un chiste en tus labios?


Chisporroteaban como fuego sus ojos.
¿La quieres o no la quieres?


Víctor bajó la cabeza. No podía resistir la mirada furiosa de un Pablo desconocido por lo abrupto de sus actitudes.
Yo la quiero, señor.


La voz de Pablo casi fue un chillido desagradable.
¿Y ella te quiere?
No. Creo que no.


¡Exijo que me contestes con seguridad, Víctor!
A mí me parece, señor, que Felicitas ya está enamorada.


Víctor no vio cómo el rostro fino de Pablo se cubría de una larga y prolija palidez.
¿De quién está enamorada?


Las palabras de Víctor tuvieron un tono confuso, apagado, esquivo.
No sé, señor. Ni lo quiero saber.


En el ala izquierda de la gran mansión de madame Aubain habitaba la servidumbre. En la larga y limpia cocina Víctor y Felicitas comenzaron a verse con mayor asiduidad.
¡Haces las mejores tortas del mundo, Felicitas!


Felicitas sonrió. Le complacía ver a ese hombre inmensamente fornido comer como un niño glotón.
Eres bueno como los chiquillos.


Víctor se enojó. Hasta se enojaba con mansedumbre.
Me tratas como si fuera tu hermanito menor. Tengo veinticinco años, ¿sabes?

Para mí eres como mi hermanito menor. Me gusta verte comer como un glotón. Y reírte de cualquier tontera. Y enrojecer cada vez que me miras de frente.


Enseguida Pablo supo que Víctor y Felicitas se veían a menudo.
Felicitas no ama a Víctor.
Hay que tener paciencia.

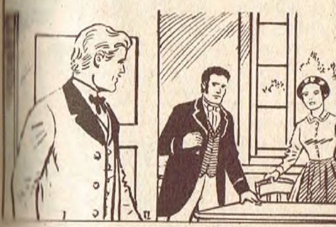

La paciencia, a veces, es la mejor aliada porque es experiencia y sabiduría. El amor espontáneo no existe.


Los hombres y las mujeres a medida que se van conociendo mejor y mejor se enamoran. El verdadero y perdurable amor es el que nace de la comprensión y de la sensatez.


Miró a su hijo a fondo.
El amor insensato no es amor; es locura o tontería. Peor aún: es error funesto.


Lentamente Pablo se acercó a su madre. Sus emociones lo ahogaban pero pudo preguntar con aparente serenidad:
¿Cuál es el amor insensato, mamá?


Madame Aubain recalcó una a una sus palabras.
¡El que no puede ser! ¡El que nace equivocado! ¡El que crece distorsionado!


Una tarde, locamente, Pablo irrumpió en la cocina grande y limpia del ala izquierda. Felicitas y Víctor se hallaban frente a frente sumergidos en un silencio distinto. Ella distante; él allí. Hasta en los silencios, el desencuentro se hacía ostensible.


Felicitas y Víctor se pusieron de pie con cierto desorden. Pablo, turbado, titubeó. Al fin pidió un vaso con agua fresca. Después habló de cosas sin sentido. Y se marchó atropelladamente, sin explicar nada.


Cuando estuvo lejos de allí, en medio del ancho y espléndido jardín se secó con denuedo la transpiración de la frente y musitó desesperado:
Dios mío, ¿qué camino he elegido?


El duque de Barette y su hija Anastasia llegaron de Roma una mañana de un mes de marzo gris y lluvioso. Madame Aubain los recibió con gran alegría. Entre los Aubain y los Barette existían lazos de una vieja y sólida amistad.

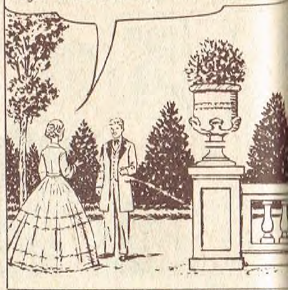

Anastasia Barette, por su beática belleza, parecía arrancada de un lienzo del Tintoretto, sobre todo de aquel titulado: "Presentación de la Virgen". Anastasia era rubia y efímera como las mujeres de esa maravillosa pintura.


Desde la pequeña ventana de su pieza iluminada, Felicitas los vio caminar con lento paso por el jardín de la mansión.
(¡Qué bellos son los dos!)


Pablo clavó los ojos en aquella ventanita desde donde espiaba ella.
¿Qué miras, Pablo?
El vuelo de los pájaros.







Mientras Pablo y Anastasia se distanciaban cada vez más en medio de preguntas y de respuestas inquietantes, el padre de ella y la madre de él pensaban en una boda ideal.





Aquella noche, quizá empujada por una fiebre rebelde y pertinaz, Felicitas volvió a pensar en la infancia y en sus juegos inocentes con Pablo. Mientras miraba con emoción el muñeco y la muñeca que se hallaban sobre la cómoda de su habitación, recordó:
















¡Amo sin ser amada, madame!
¡Ten paciencia, hermosa Anastasia!


Pablo terminará amándote.
Imposible.


¿Por qué?
Porque él ya ama a otra mujer.


Temblaron las manos de madame Aubain.
¿A otra mujer? ¿Qué es lo que dices? ¿A qué mujer puede ser?


¿No le preguntaste?
Desgraciadamente no tengo respuesta para esa pregunta, madame.


Sí. Y su respuesta fue un silencio largo, tremendo, desesperante. Madame Aubain, me sentí en ese momento tristemente humillada.


Víctor no cejaba de ver a Felicitas. Tenía el convencimiento, rudo y material convencimiento, de que como contaba con el respaldo de madame Aubain, terminaría casándose con la joven, a pesar de que ésta parecía no amarlo.


Felicitas,a medida que transcurría el tiempo, más y más se distanciaba del pobre Víctor que a pesar de su tosquedad de inteligencia acertó con la verdad. Una tarde no pudo reprimir su violencia y dijo lo que sentía.


¡Estás buscando empecinadamente tu propia destrucción! ¿O es que tienes la absurda esperanza de que el señor Pablo se fije en ti?


Felicitas calló. Siempre callaba ahora. Nadie había advertido, ni siquiera Pablo, que la fiebre coloreaba constantemente sus mejillas y que ya no tenía fuerzas para moverse de un lado para el otro.
¡Termina con tu locura, Felicitas!


El señor Pablo se casará con la hija del duque. Y tú desperdiciarás tu vida esperando, ¿qué? ¡Yo te amo, Felicitas!


¡Yo soy como tú! Además te amo. Verás que cuando nos casemos terminarán tus sueños sin sentido. La vida hay que vivirla tal como es.


Nunca te veo feliz, ni contenta. Es una tristeza la tuya que me duele profundamente. ¿Es que no quieres ser feliz?


Felicitas contestó con voz débil. Sus palabras sorprendieron a Víctor que no las alcanzó a entender.
Yo soy feliz, Víctor, cuando los domingos voy a misa.
No te entiendo.


Y él también va a misa. Allí con Dios, rezando, me siento libre, dichosa.


Y él, como yo, reza. Y Dios está allí entre nosotros.


Madame Aubain había decidido hablar con severidad a su hijo Pablo.
¿Por qué no quieres casarte con Anastasia?
Porque no la quiero, mamá.


Me apena no amarla, mamá, porque sé que Anastasia es buena y dulce, pero no la quiero.


Madame Aubain se sintió desolada y desconcertada al mismo tiempo.
Desde hace un largo tiempo, Pablo, observo que te apartas de amigos y de parientes.


Buscas la soledad. Y cuesta sacarte de tus inexplicables silencios. No eres feliz. En ningún sitio eres feliz.

Y Pablo, misteriosamente, repitió casi las mismas palabras que Felicitas le dijera a Víctor.







Felicitas abrumada por la tos y por la fiebre cayó enferma. Pablo no pudo reprimirse más. Desesperó sin ocultamientos. Angustiado sabía que Felicitas iba a morir inexorablemente.



El médico había reafirmado una y otra vez que se trataba de una dolencia crónica ahora en plena expansión. Madame Aubain no se movió de la cabecera del lecho de la infeliz joven.



Observaba madame Aubain, emocionada, cómo Felicitas clavaba los ojos en la muñeca y el muñeco que se hallaban sobre la cómoda.





Víctor lloró lejos de ella.



Pablo buscó la soledad. Se apartó de todo el mundo.



La última noche Pablo estuvo allí. Inmóvil. Desesperado. Arrancado de la realidad. Ella ahora tenía a su lado, en la cama, a la muñeca y el muñeco. Repetía a cada momento como si se aferrara al instante más feliz de su vida:






Murió el mismo día en que el duque de Barette volvía con su hija Anastasia a Roma. Madame Aubain trató desesperadamente de retenerla.
Te necesitará más que nunca, Anastasia.


Jamás me ha necesitado y jamás me necesitará.
Ahora está impresionado.


Madame Aubain trataba de asirse a una remota y angustiosa posibilidad.
Pablo es muy tierno, muy dulce, muy impresionable. Quería a Felicitas como la quería yo. Y como la querían todos.


Anastasia se dejó convencer, sin esperanzas, por la desesperación de madame Aubain y antes de marcharse habló con Pablo. Las palabras de éste fueron terminantes.
¡Se acabó todo para mí!


Pablo se recluyó en su casa. Madame Aubain lo vio envejecer impotente. Le propuso viajes por el mundo entero, pero siempre halló la misma respuesta con forma de pregunta:
¿Para qué, mamá?


Una mañana montando su caballo más brioso e indomable sufrió una caída fatal. Murió en brazos de su madre. Murió dulcemente, como vivió. Murió como un príncipe delicado, porque como un príncipe delicado había vivido.


Débilmente musitó antes de cerrar sus ojos azules como el cielo inmenso que en esos momentos lo rodeaba:
¡Mi infancia! ¡Nuestra infancia!


Todas las mañanas madame Aubain subía has- ta la pequeña habitación que fuera de Felicita y miraba con ensimismamiento al muñeco y la muñeca siempre tan juntos.


Por la ventanita entraban los cantos de los pájaros. Pájaros anteriores, muy anteriores habían revoloteado en lejanos días sobre la cabeza de dos chiquillos, dos chiquillos cuyos nombres y almas pertenecían ahora a Dios.


Dos chiquillos, Pablo y Felicitas, que besándose en las mejillas se repetían a cada momento:
¡Ojalá que siempre seamos pequeños!


Y mientras jugaban y reían, el muñeco y la muñeca, muy cerca uno del otro, inten taban una especie de abrazo eterno. Mada me Aubain jamás quiso desprenderse de la muñeca y del muñeco.
FIN

aprenda a divertirse

PARA AMBOS SEXOS

EN SU PROPIO HOGAR!

UNICO CURSO ESPECIALMENTE PREPARADO PARA APRENDER MAGIA EN EL HOGAR

Cualquier persona, hombre mujer o niño, que solamente sepa leer, podrá realizar en POCOS DIAS infinidad de trucos con los que causará sensación



Sea MAGO y...

... *Divierta a' los suyos*
... *Realice cientos de trucos*
... *Gánese el afecto de los niños*
... *Reciba un EQUIPO de MAGO*
Obtenga una amena profesión



DISFRUTE EL CURSO DE FU-MANCHÚ

Pida informes hoy mismo sin compromiso, entérese como puede en su propio hogar, disfrutar y aprender el **Unico Curso en el Mundo** que en 60 dias le convertirá en Mago

EN SU CASA POR CORREO

¡No importa su edad!

GRATIS Reciba en su hogar este maravilloso equipo



Sea Ud. el MAGO

Universal Center

Fú-Manchú

Casilla de Correo 1198
Correo Central
BUENOS AIRES

GRATIS
PIDA FOLLETOS HOY MISMO

Solicito folleto de MAGIA sin compromiso

NOMBRE Y APELLIDO ____________________

CALLE Y NUMERO ____________________

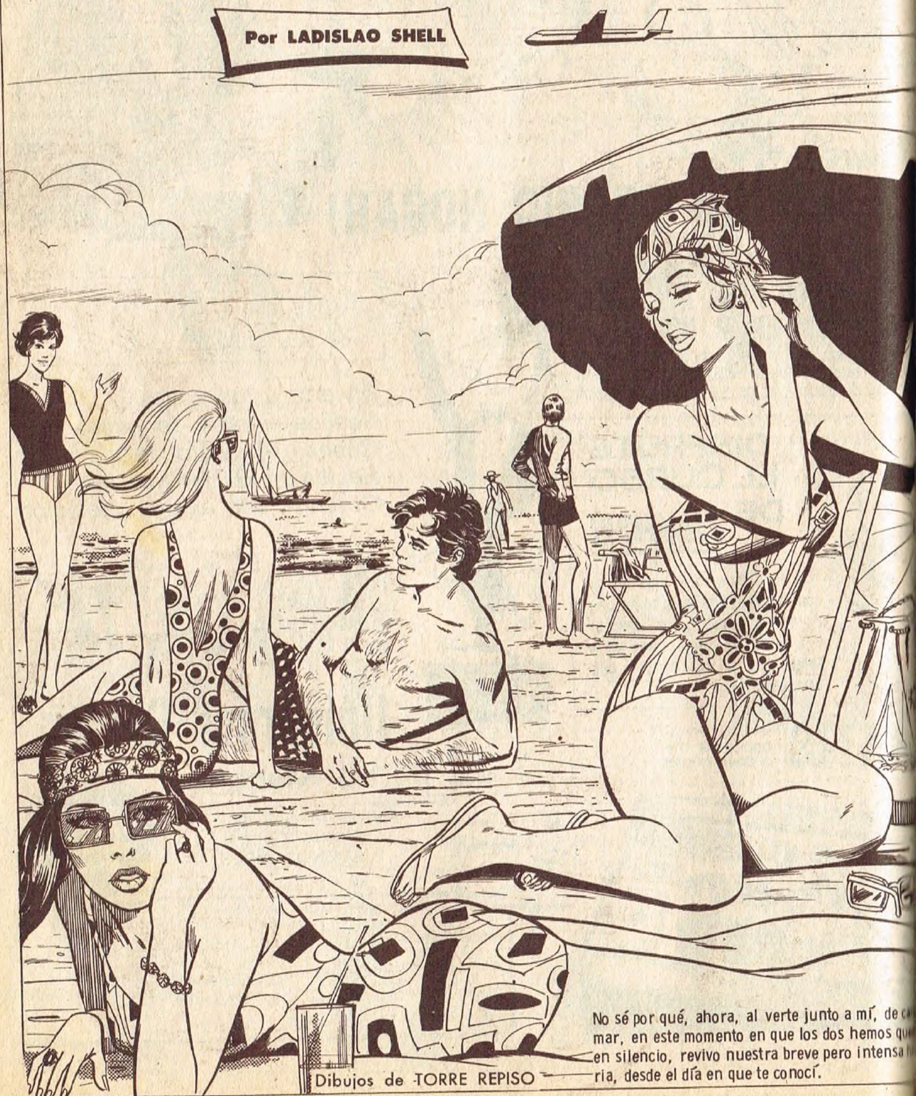
CIUDAD - PUEBLO ____________ PROV. ESTADO ____________

PAIS ____________ F. C. ____________ EDAD ______

INT 1-5-73

OTRA VEZ LA LUZ

Por LADISLAO SHELL



Dibujos de TORRE REPISO

No sé por qué, ahora, al verte junto a mí, de ca mar, en este momento en que los dos hemos que en silencio, revivo nuestra breve pero intensa h ria, desde el día en que te conocí.


día el trabajo había sido intenso en el diario.
¡Es algo infernal! ¡Con nuestra playa ahí, a un kilómetro, estar asándonos en este maldito antro!


Es la peor época. La invasión de turistas. han cambiado el pueblo. ¡Esos maldi- ! ¡Ya no hay dónde meterse!
No rezongues, viejo. También nos han agrandado el diario. ¿Qué era este pasquín en tus tiempos?


Era nuestro diálogo habitual. González, mi jefe, junto al cual había aprendido mi oficio de periodista, odiaba la temporada veraniega, por otra parte como casi todos los lugareños. Yo había nacido allí, pero había estudiado en Buenos Aires.


No me molestaban los turistas sino el no poder unirme a ellos. Más bien los envidiaba.
¡No era nada, viejo! Ahora el diario es grande. Y tenemos una radio. Y recibimos televisión. Nos sobra trabajo, ¿no es así?


mí me ha sobrado siempre. En cuan- vos, te irás ahora mismo al Auto- Club. Harás la nota de ese con- o como se llame.
¡Sos un campeón, viejo! ¡Gracias!


Salté más que salí de la silla. Haría la nota también para la radio, cuyo noticiero estaba a mi cargo. El Automóvil Club había cedido sus instalaciones a un congreso médico, y estaba próximo al mar. Tendría tiempo de darme unas zambullidas.


(¡La vida es hermosa! ¡Estaré libre antes de que se ponga el sol!)
LP 36 RADIO
VILLA MAR


Entonces fue cuando te ví. Al pararme el semáforo tuve que detener el coche junto al cordón de la acera. Mejor dicho, vi tu ancho sombrero de paja, esa especie de capelina antigua con la que te proteges del sol.
(Espero que alce la cabeza, ¿qué habrá debajo de ese sombrero?)


Como si hubieras oído mis pensamientos, tu rostro se alzó.
(¡Dios! ¡Qué belleza!)


Creo que me sentí como hechizado. Creo que nuestras miradas se cruzaron. El caso es que me quedé mirándote como un bobo. Empezaron a sonar las bocinas.



Comprendí que había cambiado el semáforo y que estaba obstruyendo la calle. Alguien me insultó. Mecánicamente arranqué, llevándome tu imagen, de la que no hubiera yo querido separarme.
(Puedo estacionar por aquí. Mandar al diablo ese congreso. Buscarla.)



Pero era absurdo. Estaba portándome como una criatura. ¿Iba a abandonar mi trabajo sólo porque dos hermosos ojos verdes se habían cruzado con los míos? Llegué al Automóvil con estos pensamientos. De pronto advertí que no se veía allí animación alguna. ¿Qué ocurría?
DIARIO EL PUEBLO
L.P. 36
RADIO VILLA DEL MAR



¿Qué pasa? ¿Y el congreso?
Se ha postergado, Víctor. Hasta esta noche a las ocho.



El destino estaba de mi parte. Giré en redondo.
(Quizás esté todavía allí. ¿Qué pasa? ¿Te da miedo? ¿Te has vuelto un idiota?)



Ese hecho trivial, acercarse a una muchacha, entablar conversación, lo que no comprometía a nada, algo tantas veces hecho, ¿cobraba ahora una importancia especial?
(Allí está. ¡No se ha movido de sitio!)



Llevé el coche hasta una calle transversal. Al pasar, sólo había visto tu sombrero, pero eras vos, el mismo sombrero. Volví, y, al acercarme por la acera, seguías allí, la cabeza baja.



Estuve unos segundos así, inmóvil, de pie a unos pocos metros, contemplando ese sombrero que te ocultaba. De pronto alzaste la cabeza.



Tu mirada, al principio sorprendida, hizo interrogante, casi airada. Di un so, torpemente.
Pasaba por aquí. Pasé recién en co



Algo cómico debía de haber en mí, porque, de pronto, sonreíste, más bien dicho, se te escapó una sonrisa.
¿Sí? Mucha gente pasó por aquí. Una multitud.



Recuperé mi aplomo. Reí, a mi vez.
Te vi sola. Yo también estoy solo. Pensé que me gustaría conocerte. ¿Puedo sentarme?



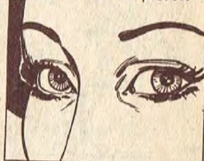
Alzaste las cejas, pero no dijiste una palabra. Me senté.
Bueno. Salía del diario. Tengo que hacer la nota del congreso médico, ¿sabés? También tengo el noticioso. Al pasar te vi. Pero el congreso se postergó hasta la noche...


guí hablando, tratando de hacerlo con la mayor naturalidad posible, aunque un poco atropelladamente.
ba la idea de que me supusieras un vulgar muchachón en busca de aventuras fáciles. Me habías impresionado de un modo especial, ciertamente, pero no quería decírtelo.


tamente por ser la verdad, había sonado a falso, tan vulgar es recurrir a ese tipo de pretextos. Sin darnos cuenta se entabló el diálogo. Me quejé, al pasar, de mi oficio.
Parece que te disgustara ser periodista. No es feo.


No es que me disguste. Pero a veces, a veces se vuelve rutinario. Y otras, demasiado trágico.
¿Demasiado trágico?


Sí. Muertes. Asesinatos. Miseria. No es muy lindo.
Sí, claro. Comprendo.


Sentí, realmente, que me comprendías. No eras insensible al dolor ajeno. Cambié de tema. Quise mostrarme alegre, divertido, pero en tus ojos predominaba siempre un remoto reflejo de tristeza. Te invité a almorzar, pero te negaste. Debías encontrarte con tus padres.


ndo te fuiste, te acompañé unas cuadras, a pie.
quí es mi hotel. Ya volveremos encontrarnos, sin duda. Esto no muy grande.
¡No! ¡No lo dejemos librado al azar! Digamos un lugar, ¿querés?


Pareciste vacilar. Insistí.
La playa es demasiado grande. Está llena de gente. Vos y tus padres tendrán un sitio preferido. ¿O puedo buscarte en el hotel?


Volviste a sonreír. Esa sonrisa tuya, más bien triste.
Acabamos de llegar. Estaremos un mes. Ya volveremos a vernos.


Cuando retiraste tu mano de la mía y te vi alejarte, supe ya que estaba enamorado. ¿Es que las cosas ocurrían así? Nunca me había sucedido antes. ¡Luego, había que creer en el flechazo! Pasé el resto de la tarde pensando en esto, sublevándome a veces ante mi obsesión.


González advirtió que me sucedía algo extraño, y me interrogó. En un impulso, le conté lo que estaba ocurriéndome; el viejo rió.
Bueno, pues es así. La gente suele discutir si existe el amor a primera vista. Te lo digo: cuando esto ocurre, empieza así.


¿Qué sabía de vos? Que te llamabas Claudia. Que estabas por graduarte en Ciencias de la Educación, en Buenos Aires. Que viajabas con tus padres. Y vos, ¿qué sabías de mí? Que me llamaba Víctor. Y que era periodista. Esto es lo único que pude decirle a González.


Esa misma tarde te volví a ver. Tres horas antes de que empezara el congreso me fui a la playa. Merodeé por las cercanías de tu hotel. No estabas. Resolví nadar. De pronto...


¡Oh!...


¡Vos! Es el destino. ¿Ves? ¡Te estuve buscando, y te encuentro sin buscarte!
¡No es modo de encontrarme! ¡Espero que la próxima no sea así!


Reímos, felices. Yo, al menos, totalmente feliz. ¿Verdad que era el destino? ¿Verdad que ahora crees que fue el destino?
Salgamos. ¡Alcánzame!


Nadabas como un pez. Pero yo no era lento. Llegamos juntos a la playa.
¡Hasta aquel médano!


Caímos, exhaustos, al pie del árbol, sobre la arena del médano. Y a medida que fuimos recuperando el aliento nos mirábamos, cada vez más profundamente...


...hasta que te tomé las manos.
¡Claudia! ¡Es increíble! Estoy enamorado ¡Desde esta misma mañana! ¡Estoy seguro!


Reíste. Me acusaste de don Juan, galanteador, frívolo, cosas por el estilo. Yo también reí. Sabía que mi verdad se te impondría, que no estaba viviendo tan solo un espejismo. Te acompañé al hotel al ponerse el sol. Yo debía vestirme para ir al congreso.


Esa noche...
¡No te duermas! ¡El que habla ahora es el tipo más importante!


No me dormía. Sólo que n podía apartar el pensamie de ti. Habíamos quedado e vernos a la mañana sigui te, y lo único que desea era que llegara ese mom to. Llegó, y volvimos. Y a ese día, y otro, y todas tardes de aquel maravill mes de enero.


Adelanté mi licencia en el periódico y puse a mi suplente en la radio. Pude dedicar todo mi tiempo para tí.
No me entusiasma el baile. Pero me gusta verlo.


Otra cosa en la que coincidimos. Quedémonos en nuestra mesa, entonces.

Coincidíamos en muchas cosas. Y fue esa noche, cuando al fin pude saber que coincidíamos también en lo que más me importaba. Cerca de tu hotel, nos detuvimos.

Estoy seguro de que te quiero, Claudia. No te olvidaré nunca.



¿Nunca? ¿No es un tiempo demasiado largo?

¡A tu lado no existe el tiempo para mí, Claudia! Solamente quiero saber... Yo...



Te tomé en mis brazos. No dijiste una palabra. Sólo tu mirada, esa mirada algo triste.



Te separaste suavemente. De pronto...

¿Qué es eso? ¿Qué te ocurre?



No es nada. Ya está. Ya me pasa. Tengo estos mareos, a veces...

¡Mareos? ¿Se lo has dicho a tus padres?

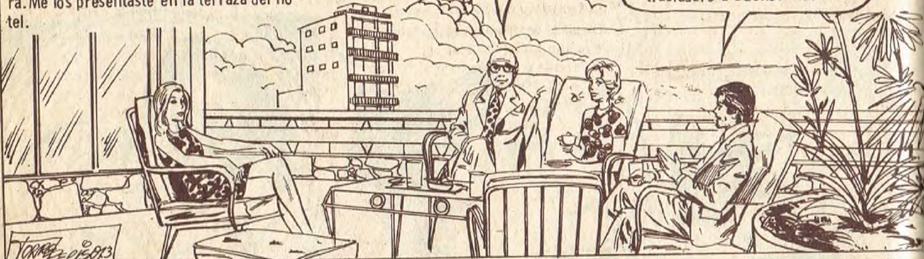


Sí. Mi padre es médico. Lo habrás visto en ese congreso. Es el doctor Roldán. Justamente quiere que me vea un colega suyo. Creo que es algo en la vista...



Recordé al doctor Roldán. Una eminencia. Debía ser algo sin importancia. Tú misma te reíste, y te seguí hasta el hotel bromeando. Los días siguientes fueron como los otros. La playa, el sky acuático, los clubs nocturnos, las charlas interminables...

TORRA REPISO 73


Conocía a tus padres. Esa pareja encantadora. Me los presentaste en la terraza del hotel.
¿De modo que periodista?
Sí. Es mi trabajo. Creo que me trasladaré a Buenos Aires...


Tu madre captó la mirada que nos intercambiamos. Sonrió.
Supongo que todo el mundo hará lo mismo. El interior se quedará sin periodistas.
¡Oh, no! Sólo que se ha presentado una oportunidad...


En realidad, la había buscado, y vos lo sabías. Se aproximaba el momento de tu regreso, y quería estar donde pudiera verte todos los días. Estaba decidido a pedirte que te casaras conmigo. A pesar de todo, llegó la tristeza de tu partida.


En la misma noche de tu regreso, mientras tus padres preparaban el coche, pudimos cambiar unas palabras.
En dos días estaré en Buenos Aires. Creo que se me confirma un trabajo allí en un diario importante. Y en una radio.


Está bien, Víctor. Te esperaré.


Poco después, te ibas. Quedé inmóvil, viendo alejarse el auto. Era una mezcla de felicidad por haberte encontrado, y de tristeza por sentirme de pronto aturdido por tu ausencia. Creo que viví como un autómata hasta el momento de mi partida en Buenos Aires.


González me acompañó a la terminal.
Te vas por esa muchacha, ¿verdad?
Sí, González. Pero volveremos. A ella le gusta esto. Ya hemos hablado. Aquí no me va mal.
BUENOS AIRES


Me despedí de este buen amigo y mi viaje no fue más que un constante pensamiento puesto en tí. No sé por qué algo me inquietaba. ¿Premoniciones? ¿Esa misteriosa comunicación que se había establecido entre nosotros, y que actuaba, aun, que no tuviéramos conciencia de ella?


Lo cierto es que una ansie- dad casi enfermiza me domi- naba. Quería verte. Rápido. A menos un momento. El viaj se hizo interminable. Al lle gar a Buenos Aires, pasé por el hotel sólo para dejar la valija, y en el mismo ta xi seguí hacia tu casa. Tení tu dirección, y pronto estu ve allí.


(Ojalá me reciba ella. Ojalá salga ella.)


La señorita Roldán, por favor. Claudia Roldán.


No me había recibido ella. ¡Y esa b na mujer, que me miraba de un m do extraño! Di mi nombre. Me hi pasar sin decir palabra.
(No seas estúpido. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás inquieto?)

Oí pasos. Me volví.

¿Cómo está, Víctor? Siéntese.

¿Qué había en la expresión de tu padre? Créeme. Pensé en un segundo en mil cosas, menos en la verdad. Una verdad de la que pudiste pensar alguna vez que me alejaría de tí. Y que me hizo ir corriendo a tu lado. Observé las vacilaciones, los rodeos de tu padre , y creo que me irrité.

¡Por favor! ¿Qué ocurre? ¡Dígame usted qué pasa!

Creo que mi hija le dijo a usted que la haría revisar por el doctor Machado...

Sí. Aquellos mareos... ¿Qué le pasa a Claudia?

Hay algo que debe usted saber. Claudia debió ser operada de urgencia. Algo craneano. Su vida corrió un grave peligro...

Sentí que el corazón se me helaba. Me puse de pie, vacilante. Tu padre debía hacer un esfuerzo a la vez para dominarse.

¿Dónde está? ¡Quiero verla! ¡Dígame que está bien!

Está bien. Con vida. Afortunadamente la operación fue un éxito. Pero...

Un vértigo de angustia, de temores, de desesperación me nubló la vista. Oí , como en sueños, una explicación técnica de tu padre. Tus ojos. Tumor afortunadamente benigno. Pero presión en el nervio óptico. Y la frase final, que se repitió en mí, una y otra vez, como un eco.

...ciega... desgraciadamente, ha perdido la vista, no hay muchas esperanzas a ese respecto.

Caí como desplomado en el sillón. Como un niño, me puse a llorar.

Cálmese. Claudia quiere que usted comprenda una cosa: lo deja libre. Más aún: me ha dicho que no está dispuesta a sacrificarlo. No lo recibirá.

Esta última frase actuó como un estímulo súbito. Me puse de pie.

Dígame dónde está, por favor. Quiero verla.

Usted conoce el carácter de Claudia. La pobrecita no quiere piedad.

Insistí. Tu padre me dio la dirección de la clínica. Y ahora, cuando ha pasado todo este tiempo, debo confesarte que la peor de todas las angustias fue aquella larga espera, hasta que me permitieron verte, sólo dos días después. Dos días que fueron dos infiernos.

Pude hablar con el doctor Machado.

Le diré la verdad. Lo más probable es que no recupere la vista jamás.

¿Pero no hay ninguna esperanza? ¿Ninguna?


Bueno... Se ha registrado algún caso. Pero han sido recuperaciones casi milagrosas
Esta será una, doctor!¡Tiene que serlo!


La fe acababa de precipitarse sobre mí, sin pensarlo, sin proponérmelo. Tenía que transmitírsela a Claudia. ¡Esa sería mi arma! Cuando al fin pude acercarme, temblando, hasta su lecho...
Amor mío, todo saldrá bien. No hables. Escúchame...


Hablé extensamente, una y otra vez. Y así todos los días, hasta que abandonaste el lecho, hasta que desaparecieron los últimos rastros de tu operación y nuevamente tu rostro fue el tuyo, y tus ojos, los ojos más lindos del mundo, volvieron a sonreír, aún sin luz...


Sin embargo, tu voluntad seguía firme. Sólo había conseguido que postergaras tu decisión. Ya en tu casa, discutimos muchas veces.
Serás mi amigo. Pero nada más. No accederé a otra cosa. No puedo hipotecar tu vida, Víctor.




¿Cómo convencerte de que te amaba aún más que antes, que me eras más necesaria todavía que antes? ¿Cómo persuadirte de que no podía vivir sin ti, más todavía, que estaba lleno de esperanza, que creía firmemente en tu recuperación, aún cuando fuera un milagro?
BAZAR


Contagié mi entusiasmo a tu padre y a tu madre. Sentía que me apoyaban, aunque no lo dijeran expresamente.
Este primer año será un período de prueba. Si al cabo de él no ocurre nada, habrá que perder las esperanzas...


¡Ocurrirá! ¡Estoy seguro de que ocurrirá...!
Dios lo quiera, Víctor. Rezo por ello. Rezo continuamente...


Y pasó ese año, con mi tiempo com partido entre el trabajo, que desgr ciadamente no podía abandonar, y mis largas charlas contigo, en la sala. Te leía libros íntegros, que co mentábamos. Poemas, oíamos músi ca. Así pasó el invierno, y llegó la primavera.


Solías preguntarme por los durazneros del jardín, cuyas ramas asomaban por la ventana.
¿Florecen? Ya deben estar en flor, ¿verdad?


Las ramas están llenándose de flores. ¡Es la primavera, Claudia!
La siento. Se huele en el aire. ¿Te has fijado que los gorriones alborotan más que de costumbre?

Fue justamente esa tarde, cuando hablábamos del duraznero en flor. Un grupo de gorriones se precipitó sobre el árbol, en un enjambre de revoloteos y piar desordenado. Te levantaste, avanzando hacia la ventana. Me levanté a mi vez para ayudarte.

Pero de pronto quedaste inmóvil. Abriste los brazos...

¡Víctor...! ¡Los gorriones! ¡El duraznero en flor!

Te miré. El corazón saltó en mi pecho. Tus ojos se abrían, desmesuradamente. Corrí hacia tí.

¡Claudia!

Alcancé a recibirte en mis brazos. Te habías desvanecido.

¡Doctor! ¡Señora!

¡Qué ocurre?

¡Se ha desvanecido! ¡Creo que ha visto!

No atinaba con mis palabras. Tu padre te atendió enseguida. Pronto recuperaste el sentido. Estábamos los tres, anhelantes, a tu alrededor...

La luz... Otra vez... la luz...

Ahora, te protejes de esa luz con esos anteojos oscuros, y estás en silencio, de cara al mar. Otra vez la luz, porque no hay tinieblas que no sean vencidas por la fe y el amor. Nuestro viaje de bodas, aquí, en Villa del Mar, también está impregnado de esa luz.



CUANDO LOS KILOS SOBRAN

TEXTO: INES VILABOA
DIBUJOS: FERRONI (h)



- Haciendo cálculos, creo que con una rigurosa dieta algún día podremos lograrlo.



- Doctor, quisiera decirle algo sobre la dieta que usted aconsejó a mi esposo.



- ¿No piensa usted, doctor, que un régimen como usted le indica, haría peligrar su porvenir?



-¡Formidable, señor Varela...! Veo que ha seguido l
ta que le he indicado.





-Piense en todos los lindos sombreros que podría comprar con el dinero que le hará ahorrar el régimen.





historias de hombres y mujeres

Por CRISTÓBAL MARÍA PAZ

TODO EL QUE LLEVA LUZ SE QUEDA SOLO

DIBUJOS DE FERNÁNDEZ

AMIGAS Y AMIGOS LECTORES:

En esta HISTORIA DE HOMBRES Y MUJERES me honro en incluir fragmentos del poema EL MAL HIJO del notable escritor argentino ALFREDO R. BUFANO.

CRISTOBAL MARIA PAZ

Ana miró aquellos papeles por casualidad. Era la letra de Karlo, grande y segura. Sonrió con malicia. Pocas veces venía a la oficina del padre que estaba instalada en la planta baja de la casa. Y menos a la hora del mediodía. Pero necesitaba hablar con Claudio Ramón, y el teléfono de arriba, de la casa de ellos, estaba sin tono.



Volvió a mirar los papeles. Eran poesías. Una de ellas se llamaba "El mal hijo". El título le pareció un poco cursi, barato. Todo Karlo era un poco así; al menos el Karlo que ella creía conocer. Era muy diferente a Claudio Ramón y a toda la gente de la "barra". Leyó el poema.



¡Yo sé que tú querías
a pesar de sus cosas a tu hijo el poeta
sé que te hizo llorar más de una noche
sé que te dio más de una honda pena.

"Sé que te hizo pasar más de un mal rato, como algunos decían, por su mala cabeza; más no fue culpa de él, pese a su vida de extraño personaje de novela."



una sombra le arrancó la llave
con que se abría tu querida puerta
y así se quedó solo,
solo como ninguno en eterna selva.

¿Para qué le servía su esperanza,
para qué le servía su canción y su pena
para qué sus palabras, para qué sus angustias,
para qué su equipaje de belleza

¡todo el que lleva luz se queda solo
y él, solo se quedó tras la cerrada puerta

Karlo

Ana dejó los papeles en donde los había encontrado, con un poco de rabia. Aquellos versos la habían emocionado, tenía que ser sincera y reconocerlo y eso le dolía. Sentía fastidio por Karlo. Regresaban de almorzar. El padre la besó en la frente. Karlo la saludó con timidez.



2662


Ana llamó a la casa de Claudio Ramón. Daba ocupado. Entonces habló con Ana María, pero no escuchaba lo que le decía su amiga; pensaba: "Una sombra le arrancó la llave... conque se abría tu querida puerta..."


Pensaba en Karlo, "el Rubio", ese bruto, ese "polaco"; el candidato de la familia "chapada" a la antigüa. No es que Karlo fuera feo. Era rudo, fornido. Todo un camionero. Decía que en Polonia había cursado el primer año en la Academia de Letras, después de recibirse de bachiller.


Pero llegó la guerra y lo detuvo todo. Hasta el tiempo, clavado en la dura y larga y fría hora de las lágrimas negras; en el minuto cansado de la muerte que nunca se acaba de morir.


Ana se sentía mirada por Karlo; mirada con aquellos ojos de "besugo" todo colorado, como "un pavo". Era fuerte. Hasta el cabello le había salido con fuerza. Tenía la cabeza de escobillón color zanahoria.


Lo sabía enamorado de ella y le indignaba ese amor. Ella no era para casarse con "ése", con un camionero.... ¡Qué se pensaban! Volvió al piso de arriba. Encontró a la madre en la cocina, lavando los platos. Parecía preocupada.


Ahí tienes el repasador. Secá rápido los cubiertos, que se manchan. Estos no son de acero inoxidable.
¡Uf!


¡Ay, Ana! Hija, qué mal te educamos. No estudias, no trabajas; todo te parece mal, nada te conforma; siempre estás aburrida. Pero vos no tenés la culpa, la culpa la tenemos nosotros.
¿Vas a contar la historia de siempre, mamá...?


Como se nos murió tu hermana y como vos naciste cuando ya íbamos a quedarnos solos, te llenamos de mimos, te consentimos todos los caprichos. Por eso sos así, vivís para vos. No te das cuenta de las cosas que ocurren a tu alrededor.


Por ejemplo, preocupada por hablar por teléfono, no te diste cuenta de que tu pa dre no probó bocado. El negocio anda mal. Karlo volvió de Mendoza con el camión tanque vacío. A tu padre le cerraron el cré dito en la bodega.


Antes era un buen negocio fraccionar vinos, ahora hay mucha com petencia. Suerte que Karlo aguanta. Hace casi tres meses que no c bra un peso y para la nafta está poniendo dinero de su bolsillo. ¡Es muchacho sí que vale!

¿Adónde vas? Te estoy hablando.

¿No oís? Suena el teléfono. Debe ser Claudio Ramón. Como yo no pude hablarle me debe llamar él.

Ana volvió con una expresión de disgusto en el rostro. Estaba desencantada.

¿Qué te ocurre...?

No era Claudio Ramón. Era la boba de Felisa. Me espera esta tarde en su casa. Se compró dos long-play de flamenco y uno de tangos de Susana Rinaldi, la que trabaja en televisión.

¿No lo notaste muy demacrado y muy nervioso a tu padre? Me pareció que tenía algo de fatiga.

¿Qué...?

¡Pero,Ana, vives en la luna!

Mamá, perdóname. Estaba pensando en Claudio Ramón, ¿Qué me decías...?

Karlo Perton. Era humilde de corazón, sencillo. Había llegado de ese país oscuro que se llama guerra. Aceptó trabajar en cualquier cosa y fue entonces cuando conoció a don Damián Levene, fraccionador de vinos.

Don Damián le dio trabajo y lo trató como a un hijo. Karlo vivía en los fondos de la casa, en una pieza que estaba junto al garage. En su cuarto tenía pocas cosas: y un retrato de "la madre y el padre" que habían muerto en Polonia. Y también tenía libros, muchos libros.

A don Damián Levene las cosas le fueron yendo de mal en peor. Primero suspendió a la empleada de la oficina y luego a los camioneros. Karlo era culto y se comprometió a colaborar también en los trabajos de escritorio por la noche, después del reparto. entre viaje y viaje a Mendoza.

Para qué le servía su esperanza
para qué le servía su canción y su p
para que sus palabras, para que s
para qué su equipaje de belle
Karlo


Claudio Ramón usaba remera a rayas, pantalones vaqueros, muy estrechos, descoloridos y arrugados. Tenía el cabello bien largo y calzaba alpargatas sucias. Poseía "personalidad"..., lo que le faltaba a Karlo, según Ana.


"¡Yo sé que tú querías/ a pesar de sus cosas a tu hijo el poeta; / sé que te hizo llorar más de una noche, / sé que te dio más de una cruda pena."


Damián Levene era un hombre bueno. Su esposa, doña Beatriz también era una mujer buena. Se querían entrañablemente.
La vida fue dura para ellos, pero lucharon de frente, sin miedo y no se podía decir que hubieran triunfado. Tuvieron una hija, Lucía, que murió siendo niña.


Después de muchos años nació Ana. Entonces hubo en el padre y en la madre, en don Damián y doña Beatriz, un desborde desesperado por darle todo, consentirla en todo, como jugando un duelo con la muerte, como queriéndola convencer de que se quedase para siempre entre ellos, con ellos tan solos desde que había muerto la hermanita.


Es un disco fabuloso. Volvélo a pasar, Felisa. Qué raro que no ha llegado Claudio Ramón.
Andá saber en qué anda ése.


Fue entonces cuando entró al cuarto la madre de Felisa. Estaba muy nerviosa.
¡Ana! Te llamaron por teléfono. Piden que regreses con urgencia.


Cuando el taxímetro dobló la esquina, Ana vio su casa llena de gente. Doña Cata, la Emilia, doña Emma, Julián, el de al lado. Vio también la ambulancia del Centro Gallego. Pagó rápidamente. Se le helaban las manos. Tuvo miedo.


"¡Todo el que lleva luz se queda solo, y él solo se quedó tras las cerrada puerta!"


¿Qué ocurre?


El corazón. Falló. Muchacha, tiene que ser fuerte, por su mamá...


La realidad fue entrando por grados, suavemente, casi sin sentir, como penetra el arma aguzada y filosa en la carne estremecida. De pronto tocó fondo, llegó al alma sensible y se retorció de dolor, gritando, llorando enloquecida.


¡Papá! ¡Papá!


En la nocne llegaron las amigas. Sin saber por qué, le chocaron el rimel, el rouge, los cabellos sobre los ojos, o las trenzas desmesuradamente largas.
La abrumaron con caricias y consuelos de circunstancias. Ana hubiera querido huir, pero, ¿en dónde se escondería?


Al pasar frente a un espejo se vio tal como estaba. Con los ojos hinchados, la cara congestionada, desfigurada. No, no podía arreglarse. ¡Que viniera Claudio Ramón y la viera como era! ¡Qué importaba!


En el comedor se sentó rodeada de amigas. Allí estaba la madre; la lámpara la alumbraba con su luz amarillenta. La vio vieja. En los ojos enrojecidos las lágrimas parecían de sangre. Entre las manos curtidas, el pañuelo húmedo.




En la cocina no había café para convidar. Eso le hizo pensar en la situación en que quedaban, en el desamparo, en la miseria. Ella, Ana, no estaba preparada para nada de eso. ¿Qué sería de ellos? Sintió voces en el corredor.


Era Claudio Ramón y unos amigos. Parecían ajenos a lo que ocurría en ese lugar. Claudio Ramón sacó sus cigarrillos importados e invitó generosamente. Fumaban sin tragar el humo. Hacían las cosas por hacerlas.


¿Qué hacemos, Claudio Ramón?
Yo qué sé. Estas cosas no me gustan. Vine porque no hubo más remedio. Con ganas me las "tomaría".


Tengo deseos de ir a la costanera a hacer unas "picadas".
Buena idea. Vamos.


Claudio Ramón y los demás se fueron. También se fueron las amigas. De pronto se dio de narices con una espantosa realidad. Estaba sola, estaba total y absolutamente sola.




¿En qué mundo había vivido hasta entonces? ¿Qué mundo vacío, sin sentimientos? ¿Qué mundo era ese que hasta hace un momento había sido el suyo en donde sólo es posible la risa? Y otra vez la pregunta: ¿adónde ir?


Volvió a recordar el poema de Karlo:
"Una sombra le arrancó la llave
conque se abría tu querida puerta,
y así se quedó solo,
solo como ninguno en plena selva".


Era la mañana. Andaba por la casa como una sonámbula. ¿Dónde sentarse a descansar, lejos de todos? Entró en el cuarto de Karlo. El no estaba. Quién sabe por dónde andaría. Una inmensa gratitud le inundó el pecho. ¿Qué hubieran hecho sin Karlo? El se ocupó de todo. Fue el hombre de la casa.


Se miró al espejito de dos cuartas, que le deformaba el rostro. Se vio demacrada, feísima. Irguió los hombros. Ella debía luchar por su madre, trabajar en lo que fuera, hacer frente a la dura vida que le esperaba.


¡Cómo envejecen las horas de dolor! ¡Cómo madura de repente el corazón despreocupado de la juventud! ¡Qué grande y qué cruel es a veces el mundo!


El cansancio y el dolor la vencieron. Curvó la espalda y lloró con ansias. Lloró de impotencia y debilidad. Y siempre aquellos versos que volvían y volvían.


"Sé que te hizo pasar más de un mal rato, como algunos decían, por su mala cabeza; más no fue culpa de él, pese a su vida de extraño personaje de novela."


Sintió pasos. Levantó la cabeza. Allí estaba el Karlo obstruyendo con su corpachón la puerta. En sus manos una bolsa inmensa de papel marrón. Había ido al supermercado. Nadie lo había mandado. Nadie le había pedido nada, pero él sabía lo que debía hacer.


Ana, no llore. Vamos... Y bueno, tengo que decirlo. No se preocupe. Yo trabajaré para ustedes. Todo caminará. No se asuste. No quiero pago, ¿me entiende bien...?

No quiero pago, yo le debo mucho a don Damián; él fue un padre para mí. No quiero más que un sitio en la casa, un plato en la mesa y todo va a andar bien. Mi mamá murió en Varsovia, en un bombardeo y sé que ella estaría contenta con esto que voy hacer.



Si ustedes quieren, viviré afuera, para que la gente no hable y usted... ¡usted se casará algún día... porque... porque es tan linda!



Karlo dejó la bolsa sobre la mesita. Ana sintió que se ahogaba de pena y gratitud. Todo para ellos, desinteresadamente.



Usted es linda, había dicho Karlo. Y lo repitió como para convencerla, lo repitió con esa sinceridad suya que era como un escudo.

Usted es muy linda y será muy feliz.



Linda ella, con su cara gris y triste. ¡Qué lección le estaban dando! Ese era Karlo. Sin querer resonaron en sus oídos aquellas otras palabras: "Estas cosas no me gustan. Con ganas me las 'tomaría'. Vine porque no hubo más remedio. Tengo deseos de ir a la costanera a hacer un una 'picada'."



A la claridad de la mañana, que se colaba por la ventana, lo vio erguido, pálido, con su pelo revuelto, su cara honrada. Lo vio fuerte, grande, firme como una roca, y de pronto, como deslumbrada por una luz nueva, la luz que cada uno lleva dentro de sí, bajó sus ojos, desprendiéndolos de aquellos otros ojos turbados y tristes, cuya mirada le llegaba al alma.



Ana sintió la cara ardiendo y al volverlo a mirar, sin saber cómo, se arrojó a aquellos brazos, llorando de emoción; aquellos brazos que serían su sostén y su verdadero apoyo en el mundo, puesto que nada, nada más desearía en la vida. Ya era toda una mujer, y Karlo era todo un hombre.



FIN

LA MUJER QUE CASI DESAPARECIÓ

Por PIER MICHELE

Dibujos de L. VERGANI

Agde es la próxima parada, mademoiselle.


















(Ferdinand piensa exactamente lo mismo. No quiso despedirme de la oficina, sino que apareció imprevistamente cuando yo estaba por subir al tren en París...)


EXPRESS EUROPEENE
¡Aguarda, Lisette!


¿Quién te dijo que vinieras?
Nadie. Sentí ganas de hacerlo, simplemente. Quería ser el último en desearte buen viaje y felices vacaciones... Pero, ¿lo lograrás?


¿Qué?
El cambio que buscas con tanto empeño. Te agobia la rutina que no crees merecer. Vas detrás de otra cosa mejor. Piénsalo bien, Lisette Laurenti.


Físicamente estás dotada para lo mejor, pero la felicidad no está en la parte de afuera, sino dentro de ti misma.
Tu filosofía no empañará mi viaje, Ferdinand. Te enviaré una postal para que quedes conforme.


Sabes muy bien qué es lo que me conformaría.
Varía de objetivos. No te convengo. Algún día hallarás a la muchacha que necesitas. Debe ser igual que tú, recuérdalo.


(La guía turística lo decía: "Si usted busca confort y trato preferencial vaya al "Mirador". Es caro, pero también el mejor...)


Un par de audaces "apolos" nadaban en la pileta. Mujeres elegantes y hombres pletóricos de "savoir faire" bebían en las mesas redondas. Respiré hondo y traté de parecerme a ellos...
Un "Martini" seco. Bien seco, por favor.


(Lo esencial es copiarse de los demás. Hacer lo que hacen los que saben hacer. Si debo hospedarme aquí estudiaré antes a la mujer que se me antoje el modelo apropiado y...)


Tenía el mismo color de mis ojos en los suyos, mi altura, mi talle, casi mis rasgos faciales y mi edad, pero...
(Sólo sus cabellos rubios la diferencian de mí. Y su distinción, claro está.)


Cuando los modernos encendedores fallan, hay que volver a los viejos métodos. Pruebe con mis fósforos.
Oh, gracias...


Casi se quemó los dedos porque el asombro la invadió como a mí...
Siempre supuse que mis ojos eran únicos.
Yo también. Si su apellido es Laurent creeré que mi madre tuvo mellizas y nunca me presentó a la otra. Me llamo Lisette.


Yo Marian Laroche. Siéntese a mi mesa, por favor.
Es usted un calco perfecto de mí.
Con excepción de sus cabellos, Mari


Sería perfecto ir con usted a recorrer los alrededores y...
Una comunicación para usted, madame Laroche. De larga distancia.


¿Matías? ¡Oh, Matías...! Seguro que esperaba tu llamado...


Sonrió. Iba a decirme algo pero se interrumpió cuando el mozo me sirvió en su mesa. Media hora después parecíamos dos viejas amigas. Era viuda, de París, y había llegado hacía dos días para instalarse en una casa que iban a entregarle en cualquier momento...
Podríamos pasar la tarde juntas si no le m lesta. ¿Sí?


Fue lo único que pude oír. Marian se dio vuelta y siguió su corta charla dándome la espalda. Cuando colgó volvió a mí. Parecía radiante, inundada por una alegría que quiso compartir conmigo...
¡Daremos ese paseo en mi auto! ¿No estuviste antes en Agde sur Mer?


No. Ni recuerdo una máquina tan fabulosa como ésta. Mi padre era un apasionado del automovilismo y me enseñó a guiar cuando aún no había cumplido los quince años...


Era verdad, pero omití decirle que papá era apenas un simple mecánico, y que, al morir, me habían dado una miseria por la venta de su taller...
¡Vamos, hazlo! Conduce tú, Lisette. Yo te diré qué camino debes tomar.
Me siento fascinada. Usted muy generosa.


¡Tutéame o me harás sentir muy vieja! Y acelera un poco, me gusta el vértigo de la velocidad.


Ahora voy a probarte hasta dónde somos parecidas. ¿Decías que nuestra única desemejanza eran mis cabellos rubios?


¿Eres morocha?
peluca fue idea de mi fallecido es- "Te queda más distinguido el ", decía. Y yo me habitué a . Pero creo que mientras aquí volveré a ser la de antes.


Dejó la peluca sobre el asiento y comenzó a contarme sobre su vida. Pasaba de la melancolía al entusiasmo. Había sido una modelo pobre en París...
Hasta que conocí a André Laroche. Se enamoró de mí y me hizo su esposa. Fuimos felices. Era un tipo buen mozo... y celoso.

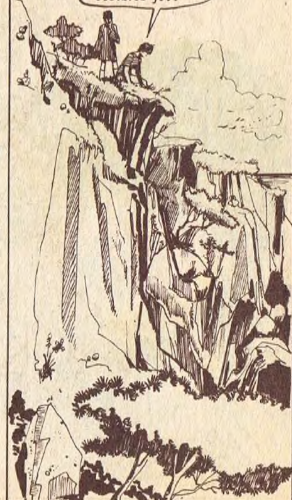

Para aquí, Lisette. Me gusta este lugar. Se domina el mar y el aire es más puro.


Se quitó el abrigo que llevaba sobre los hombros y también lo dejó en el asiento. E hizo algo más: descalzarse...
¡Hoy me siento con ganas de gozar plenamente la vida! ¿No te crees en la cima del mundo aquí arriba?


Hablabas de tu esposo, Marian. ¿De qué y cuándo murió?
Fue hace un año, en un accidente automovilístico. Iba de París a Orleans. Siempre le gustó correr. Los frenos le fallaron y...


muy sola. Fue largo este año en París. Pe- pienso rehacer mi vida en Agde-sur-Mer. He comprado una casa nueva. Totalmente amuebla- traje mis ropas. ¡Seré otra mujer!


Cuando los turistas se van este lugar debe ser muy solitario, Marian. ¿Te habituarás?
¡Seguro que sí! Estuve soñando todo un año con esto. Ya no tengo familiares y André me separó de mis amigos, pero...


Se interrumpió abruptamente. Yo pensé en Matías, ese que le había telefoneado al hotel. ¿Quién era? ¿Dónde estaba? ¿Tendría que ver con esos celos que le imputaba a su esposo muerto?
Se habla mucho de las extrañas piedras de este acantilado. Son inaccesibles y...


Cuidado, Marian! Te inclinas demasia- Podrías perder pie.
me marearon las alturas. Creo para vivir en ellas. Arriba, arriba...


¡Marian!


¡Marian!


¡Marian!


Cuando recuperé la calma me asomé, echad
de bruces sobre el duro suelo rocoso. Sólo v
piedras y vegetación agreste...
(Habrá quedado oculta por ahí. Seguramen
muerta. Nadie podría sobrevivir a una caíd
semejante... ¿Qué debo hacer ahora?)


(Nadie nos vio llegar aquí. Pero debieron vernos salir juntas del hotel. Si cuento lo que pasó podrían suponerme una asesina. Y si no lo cuento...)


(...hallarían su auto, su bolso con sus documentos, su abrigo, sus zapatos... y pensarían en un crimen. Buscarían al culpable. Alguien podría recordarme... ¡Oh, Dios!)


Me senté a meditar. La idea fue ganando lentamente mi cabeza, como una luz cegadora y cálida, como una tentación que de pronto me sentí incapaz de resistir...
(Eramos casi idénticas. Yo huérfana, ella solitaria buscando exilio en este paraíso.)


(Sus zapatos me quedan perfectos. Sus ropas deben quedarme igual. ¿Por qué no hacerlo, Lisette Laurent? ¿Por qué no aceptar esta ocasión de ser lo que mereces...?)


Hice todo esto: busqué sus documentos. La fotografía mostraba a la rubia señora Laroche. Me puse la peluca. Practiqué la firma del pasaporte. Me salió perfecta a la cuarta vez. Me puse su abrigo. Eché el mío, junto con mis zapatos y mi propio bolso hacia el abismo...
(Fue Lisette Laurent quien murió aq


(Es la otra Marian Laroche quien vuelve a Agde-sur-Mer. ¿Quién advertirá el cambio? ¿Quién notará la desaparición de la empleaducha que llegó hace unas horas a la fea estación?)


Su llave, madame Laroche. ¿Cenar
en su cuarto o bajará al comedor?
En mi cuarto, monsieur conse


El número estaba en la llave. Primera prueba: satisfactoria. El asombro maravilló mis ojos cuando abrí las puertas del guardarropas...
¡Vestidos dignos de una princesa: pieles y sedas. El difunto monsieur Laroche debía ser riquísimo.)




Su cena, madame.
Mercí. Retírese luego de servirla.


Pensé que los remordimientos no me dejarían dormir. Pero me equivoqué. Sólo era culpable de satisfacer mis ambiciones más caras. En la mañana...
Alguien desea verla en la recepción, madame Laroche. Un hombre.

(¿Matías?)


¡Todo listo, madame! Ya puede habitar su nueva casa. Tal como lo ha pedido, no hemos descuidado un solo detalle. Tendrá que dejar el hotel e instalarse.
Le agradeceré si me acompaña.


El problema era mi voz. La de Marian tenía un tono más agudo. Debía hablar poco con los que ella había tratado. Pedí la cuenta al conserje. Me la dio junto con el dinero que sacó de la caja fuerte...
Firme el recibo y todo estará en orden.


¡Perfecto, madame! Ha sido un placer tenerla de pasajera. Si algo necesita avíseme.
Lo haré, gracias.


Mandé que cargaran su abultado equipaje en mi camioneta. Yo iré adelante. Usted sígame hasta la casa. Pero, ¿ qué pasó con su voz? ¿Acaso el clima del mar se la afectó?
Sí, eso debe ser... He pescado un resfriado. Pero pasará.


Todo actuaba a mi favor. La casa quedaba en lo alto de una colina. A lejada de las otras. Era moderna y confortable. Una mujer apareció en la puerta...
Madame Dupont será su ama de llaves, cocinera y excelente compañía. Yo misma la elegí en el pueblo. Se la presento.


Será un placer servirla, madame Laroche. También yo soy viuda y comprendo sus deseos de buscar soledad.

El hombre bajó las maletas y se fue. Pasamos el resto del día ordenándolo todo. Y en la noche...

(Si Ferdinand me viera se asombraría. Logré el cambio que buscaba. Pero nunca lo sabrá ni él ni nadie. Si hallan el cadáver y mi bolso creerán que soy yo la muerta y no Marian.)



(Me será fácil habituarme a esta vida que siempre deseé.)



Debió amar mucho a su esposo para abandonar París y todo el barullo de la gran ciudad y recluirse aquí. Ningún gran amor se olvida fácilmente.



Es verdad, madame Dupont. Váya ahora a descansar.

Subí a mi cuarto cuando quedé sola. En vano busqué entre las cosas de Marian una fotografía de su esposo, o alguna carta, o simplemente algo que lo mencionara...

(Parece como si ella hubiese querido desligarse del pasado. ¿Por qué?)



(¿A qué vino a este lejano lugar? Es extraño que teniéndolo todo, pudiendo darse una vida rumbosa en París, resolviera este ostracismo voluntario.)



El auto se detuvo tres días después frente a la casa. Yo desayunaba y escuché la voz de la casera recibiendo al visitante...

Bien, monsieur. Le avisaré a madame que desean verla. Pero, ¿no me dice usted su nombre?

Ella me conoce.



Lo vi cuando la puerta fue abierta por la señora Dupont. Su auto era de modelo anticuado y su aspecto el de alguien que viene de muy lejos...

¡Hola, Marian! ¿Te acuerdas de mí?



¿He cambiado tanto en cinco años? Tú no. Eres la misma hermosa muchacha que un día me presentó mi hermano André." Esta es Marian, Hernán- dijo entonces-, la mujer que amo y haré mi esposa. ¿Te gusta?"



Pasa, Hernán. La señora Dupont nos servirá un trago. (Ha sido una suerte que me dijera su nombre y parentesco. Debo hablar poco. Limitarme a oírlo y recoger otros datos.)













Hasta allí parecía un hombre triste y manso. Luego fue una furia contenida, un creciente alud de palabras que se acumulaban atropelladamente en mi cerebro...





Ven inmediatamente a París, Hernán. Tengo miedo. Sí, miedo! Creo que Marian planea deshacerse de mí. Solo quería lo que mi dinero podía darle. Ahora quizá, quiera mi dinero sin mí.
André

El terror se expandió por mi cuerpo. No sabía qué decir. Los ojos profundos de Hernán se clavaron en los míos...






¡Ahora sé que tus ojos cristalinos destellan ambición y engaño! Le daré tiempo a tu conciencia. No hay pruebas del crimen que imagino, pero estaré esperando tu confesión, en el Hotel Saint Jean, el más barato del pueblo.


(¡Dios, Dios! Si es verdad lo que él dice... habré encarnado a una asesina. Puedo ir a verlo y decirle la verdad. "Marian murió. Yo soy Lisette Laurent..." Pero, ¿cómo probarlo?)


¿Pasa algo malo, madame Laroche? Oí las voces fuertes de ese hombre... pero no entendí las palabras.
¡Olvídelo, señora Dupont! Creo que nece sito aire fresco. Saldré con el auto.


(Mis documentos están en el abismo, acaso junto al cadáver de Marian. Puedo quitarme la peluca y mostrarle a Hernán que soy morocha. Pero él debe saber que también ella lo era...)


Podía irme, volver a París e inventar cualquier excusa para justificar la falta de mi documentación. Pero no me animaba a hacerlo. Me sentía en culpa. Impensadamente llegué al sitio donde cayera Marian...
(Turistas. Si hubieran estado aquí hace unos días...)


No dejes de sostenerme, Luis. Tomaré una fotografía de esas piedras milenarias. Luego las estudiaremos. ¡Son magníficas!
No dejas de ser un geólogo ni siquiera en las vacaciones, Henri. ¡Apúrate!

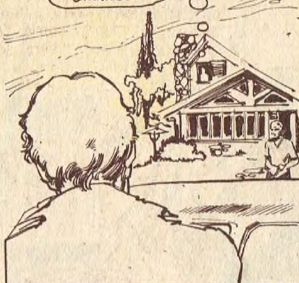

Quise acercarme al borde y no pude. El miedo me sobrecogió. Volví al auto y traté de regresar a la casa. Vagué como una sombra por ella. La señora Dupont no hacía más que observarme en silencio...
(¿Qué pensará de mí? ¿Una loca? Lo seré si no tomo una decisión.)


La cena está servida, madam
¡No tengo apetito! Quiero dormir, estar sola, en mi cuarto. ¡Que nadie me moleste!


Yo ignoraba que también Hernán Laroche estaba solo, en su cuartucho del hotel...
(Temblaba como un animalito indefenso. ¡Y es una zorra! Pero había algo raro en ella: su voz. Tenía un tono más grave... casi dulce.)


(¡Pero pudo fingirla! Para engatusarme como al pobre André cuando se enamoró de ella. Debí apremiarla y decirle que tenía una prue ba... algo que llegó con esa carta que le mos tré.)


la tarde siguiente aún no sabía qué camino
Dejaban de importarme las ropas caras
Marian. ¿Era esa angustia el pago de la fe-
que pensaba encontrar en mi nueva vi-
...?
(Alguien llega. No es el auto de Hernán.)


(Un hombre joven y apuesto... ¿Matías?)


¿A quién debo anunciar a madame? Ella no quiere ver a nadie.
Dígale que el jardinero que contrató en París está aquí. Que ha llegado monsieur Oleron.


-¡Oh, aquí está ella! Bon jour, madame Laroche. ¿Me recuerda? Quería un buen jardinero para su nueva casa. Contrató mis servicios y aquí estoy...
Mi casera le indicará sus obligaciones.


Preferiría hablar antes con usted, si es posible.


me obligó a que lo hiciera entrar. Esperó que
ama de llaves se alejara y sonrió. Una simpática
la suya...
¡Eres una excelente comediante, Marian! Esa mu-
jer debió tragarse la píldora.


"Hay que guardar las apariencias hasta el final", dijiste. "Deben pensar que nos conocimos en Agde-sur Mer, Matías..."
(¡Matías!)


"Que crean que eres el jardinero del que la viuda solitaria se enamora en su doloroso exilio..." Todo fue bien planeado, cherie. ¿No vas a darme el primer beso en un largo año de ausencia?


asco. Era fácil imaginarse todo. Impulsivamen-
rechacé el abrazo de ese hombre que ya no me pa-
ni simpático ni atractivo...
¿Qué pasa contigo? ¿Has cambiado de parecer?
¡Déjame sola!


¡Eso no, Marian! Juegos sucios con Matías no. ¿Serví sólo para deshacerte de tu esposo? ¿Usaste al mísero mecánico de la vuelta de la esquina para que " arreglara " los frenos del auto que provocaron el accidente y nada más?


Discúlpame. Estaba jugándote una broma, Matías. Nada cambió entre los dos.
Esto está mejor. Mucho mejor...


Te extrañé, ¿sabes? No creo que necesitemo mucho tiempo para engañar a esa casera qu tienes. Nadie sospechó ni sospechará nada.


¿Qué importaba agregar un acto a mi comedia? Dejé que me creyera la Marian que no era. Acepté su beso mordiéndome el asco. Ya sabía que era lr que debía hacer...
Ve a instalarte ahora en la casa de los fondos, Matías. Se un discreto jardinero. Debo ir de compras con la señora Dupont.


¡Pero, madame Laroche...! Yo no quiero ir al pueblo. Oí todo, sí, pero no iba a revelar su secreto... Sólo iba a irme de su casa, llena de miedo.
Tendrá que ayudarme en lo que debo hacer.


Detuve el auto frente a la comisaría local. El empleado me dijo que el comisario estaba ocupado y si podía atenderme él.
Sólo hablaré con el comisario. Es muy importante y...
¡Lo extraño es ese anillo que tenía el cadáver!


Los documentos hallados en el bolso estaban a nombre de Lisette Laurent, pero esta alianza matrimonial dice: "A. a M.". ¡No lo entiendo! Gracias a esa foto que ustedes tomaron y ampliaron dimos con el cuerpo de la mujer, pero...


Puedo explicárselo yo, comisario: "A. a M." qui re decir: "André a Marian". Soy Lisette Lauren y vengo a denunciar un asesinato...


Primero no querían creerme. Después se convencieron, cuando fueron en busca de Herán Laroche al hotel Saint Jean y lo llevaron a reconocer el cadáver de Marian. El advirtió ciertas diferencias e hizo valer el detalle de mi voz.
La señora Dupont testimonió que había oído decir a Matías lo mismo que yo. Lo detuvieron de inmediato y confesó su crimen.


Finalmente...
No sé qué hacer con usted, mademoiselle Laurent. Gracias a su idea de cambiarse por la muerta pudimos dar con el hombre que le había servido de cómplice.
Entonces déjela libre, comisario.



Me sentía triste, abatida. Había recuperado mi personalidad y mis documentos. Hernán quiso acompañarme a retirar mi maleta de la estación...







Sonrió. Era realmente un tipo simpático. Y, ahora que no estaban tristes, sus ojos empezaron a inquietarme. Cuando tuve mi maleta quise sacar pasaje de regreso a París. No me dejó.





"Sí", contesté. Y no crean que pensaba en todo lo que podría conseguir del único heredero de la fortuna de su hermano. Porque con la carta donde André le informaba sus temores respecto a Marian, él había recibido su testamento, y lo haría cumplir. Todo para obras de caridad.





Pobre Ferdinand, la cara que pondría cuando se enterara de que volvía enamorándome de otro. Acaso lo consolara saber que no era es "otra cosa mejor" que había ido a busca sino alguien parecido a él, y a mí.





ANGUSTIOSO REGRESO AL PASADO,
por Carl Borner Lenzi
Nunca se sabe cómo terminan cosas como ésta...

HISTORIAS DE HOMBRES Y MUJERES,
por Cristóbal María Paz
Otra investigación sobre problemas del corazón.

MI NOVIA Y YO,
por Robin Wood
¿Qué significa vivir? ¡Ah, vivir! Es un arte...

¡AY, LOLA, LOLITA, LOLA...!,
por Paula Marín
Hay un brillo en tus ojos, Lola, un brillo...

KATE Y SEAN,
por Robert O'Neill
Soy irlandés. A mi alrededor, ingleses con fusil.

MAGDA EN BERLIN,
por Noel McLeod
El tiempo en Berlín era triste, frío, lluvioso.

¿EL TIEMPO ES RECUPERABLE?,
por Malena Saudade
Falta un observador cuidadoso en esta historia...

BUZ SAWYER,
por Roy Crane
-Por ahora tendrá que hacer tareas livianas, Buz.

SONRIE, SELENA, SONRIE,
por Paul Monier
Vives en la Luna, Selena, tal vez por el nombre.

TORNASOLADA PLUMA DE BUITRE,
por Pitt Marber
Raquel es un mosquito que me ronda desde siempre.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO DE

intervalo ALBUM
EXTRAORDINARIO



A TODO COLOR

EL HOMBRE DE LA MANCHA,
adaptación de Percival W. Lytton
UNA TAL GIULIANA,
adaptación de Paola Mur

intervalo ALBUM
ALBUM DE OBRAS GRAFICAS COMPLETAS
DIRECTORES
RAMON COLUMBA (h), CLAUDIO COLUMBA (h)


EDITOR RESPONSABLE
COLUMBA
S. A. C. E. I. I. F. A.
SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES - T. E. 45-1145

Publicación inscripta en la Dirección Nacional del Derecho de Autor bajo el N° 1.189.188. Miembro de la A.A.E.R., Asociación Argentina de Editores de Revistas, de la S.I.P., Sociedad Interamericana de Prensa; de ADEPA, Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas; del I.V.C., Instituto Verificador de Circulaciones y del C.I.P., Centro de Informaciones de Publicidad. Editor responsable: COLUMBA S.A.C.E.I.I.F.A., Sarmiento 1889, teléfonos: 45-1145 y 45-4297, Buenos Aires, Argentina. Venta interior y exterior: Distribuidora Bertrán S.A.C., Santa Magdalena 541, Buenos Aires. Venta capital: Distribuidora Impulso S.C., Avenida Cruz 817, Buenos Aires. IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA.

CORREO ARGENTINO CENTRAL B
FRANQUEO A PAGAR CONCESION N° 372
TARIFA REDUCIDA CONCESION N° 2761

También en LANUS

Estudie una carrera técnica

H. YRIGOYEN 5040



CLASES PERSONALES INFORMESE EN:

CABALLITO: Av. Parral 1082
ONCE: Rivadavia 2465
CENTRO: Av. de Mayo 1385
CONSTITUCION: Pje. Ciudadela 1218 (Alt. Salta 1650)
POMPEYA: Av. Sáenz 1443
LOMAS DE ZAMORA: H. Yrigoyen 8971 -
AVELLANEDA: Av. Mitre 60
SAN MARTIN: Moreno 15
RAMOS MEJIA: Ardoino 140
SAN ISIDRO: Av. Santa Fe 30
BELGRANO: Cabildo 3161 -
QUILMES: H. Yrigoyen 95
LA PLATA: 55 Nº 657 -
ROSARIO: Rioja 1459

URUGUAY:
Mercedes 832 Montevideo

Para cursos por correspondencia. Solicite gratis el "Libro de oficios, las artes y el éxito".

MECANICA AUTOMOTRIZ Electricidad Carburación
ELECTRONICA RADIO TV Transistores
INSTALACIONES ELECTRICAS BOBINADOS

ESCUELAS TECNICAS **iade**

HORARIO:
8.30 a 12 y 15 a 22 hs.
Tel. 47-4847 - 27-7204 - 37-1404

Escuelas Técnicas IADE 17
Casilla Correo 14
Suc. Ramos Mejía (Bs. As.)
Nombre ....
Apellido ....
Dirección ....
Localidad ....

3 MESES DE ESTUDIO GRATIS

POR CORRESPONDENCIA

CORTE Y CONFECCION CON UN GRAN MODISTA ITALO - FRANCES



Recíbase de profesora de Corte y Confección y Alta Costura con el método más moderno.
El profesor Jean Milano hará de Usted una gran modista y creadora de modelos.

DIBUJO-DECORACION-PERIODISMO-PUBLICIDAD Y VENTAS

Y 20 PROFESIONES MAS PARA EL HOMBRE Y LA MUJER

CONTABILIDAD Y ADMINISTRACION DE EMPRESAS. DIBUJO. DECORACION. PUBLICIDAD. PERIODISMO. CASTELLANO. MATEMATICAS. ALTA COSTURA. INSTALACIONES ELECTRICAS. MOTORES ELECTRICOS. ELECTRONICA. RADIO. T.V. MECANICA AUTOMOTRIZ. CARBURACION. ELECTRICIDAD. CONSTRUCCION DE EDIFICIOS. AGRONOMIA. AGRICULTURA. FRUTICULTURA. HORTICULTURA. GRANJA. APICULTURA. AVICULTURA. MAQUINARIA AGRICOLA. FLORICULTURA. INSTALADOR DE GAS.



Los mejores cursos preparados para estudiar en su casa harán de usted un experto profesional.

ENVIE EL CUPON Y RECIBIRA

GRATIS



CEPIA Centro de Estudios Politécnicos Ibero Americano

Casilla 4367 - Correo Central - Buenos Aires

LO NECESARIO PARA ELEVAR SU NIVEL SOCIAL Y GANAR MAS

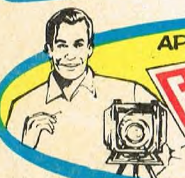
URUGUAY: Mercedes 832 Montevideo

CEPIA - Casilla 4367 - Correo Central 19
Buenos Aires
Solicite sin compromiso el diario de Jean Milano e informes sobre los cursos
Nombre ....
Apellido ....
Direccion ....
....
ANOTE LA PROFESION DE SU GUSTO

ESTUDIE
EN SU CASA POR CORREO CON

enseñanza moderna y eficiente !...





APRENDA **FOTOGRAFIA**

1000 OPORTUNIDADES de progreso y bienestar se abrirán para Ud.

ESCUELA FOTOGRAFICA SUDAMERICANA
Casilla 142 - Suc. 13
BUENOS AIRES

ESCUELA FOTOGRAFICA SUDAMERICANA Cas. 142-Suc. 13-Buenos Aires
NOMBRE
DIRECCION
LOCALIDAD PCIA. INT/5-73

aprenda a **DIBUJAR**
CON EL METODO MODERNO DE
MODERN SCHOOLS
Casilla 20 - Suc. 13
Buenos Aires



MODERN SCHOOLS INC. Casilla 20 - Suc. 13 - Buenos Aires
NOMBRE
DIRECCION
LOCALIDAD PCIA. INT/5



aprenda **ENFERMERIA**
un brillante porvenir para el hombre y la mujer
PROFESSIONAL SCHOOLS
Casilla 151-Suc.13-Buenos Aires

PROFESSIONAL SCHOOLS CASILLA 151 - SUC. 13 - BUENOS AIRES
NOMBRE
DIRECCION
LOCALIDAD PCIA. INT/5-73

aprenda **belleza y peluquería profesional**

UN CURSO MODERNO PARA LA MUJER MODERNA

PROFESSIONAL SCHOOLS
Casilla 151-Suc.13-Buenos Aires



PROFESSIONAL SCHOOLS - CASILLA 151 - SUC. 13 - BUENOS AIRES
NOMBRE
DIRECCION
LOCALIDAD PCIA. INT/5-73



PROFESORA DE CORTE Y CONFECCION
Academia Incorporada a
Paramount Academy

APRENDA **CORTE Y CONFECCION**
EN SOLO DOS MESES OBTENDRA SU DIPLOMA DE PROFESORA
PARAMOUNT ACADEMY
Casilla 8 - Suc. 13 -
Buenos Aires

PARAMOUNT ACADEMY Casilla 8 - Suc. 13 - Buenos Aires
NOMBRE
DIRECCION
LOCALIDAD PCIA. INT/5-73

ESCOJA SU FUTURO EN UNA ESCUELA DE PRESTIGIO

Remita el cupón del curso de su preferencia y recibirá FOLLETO GRATIS